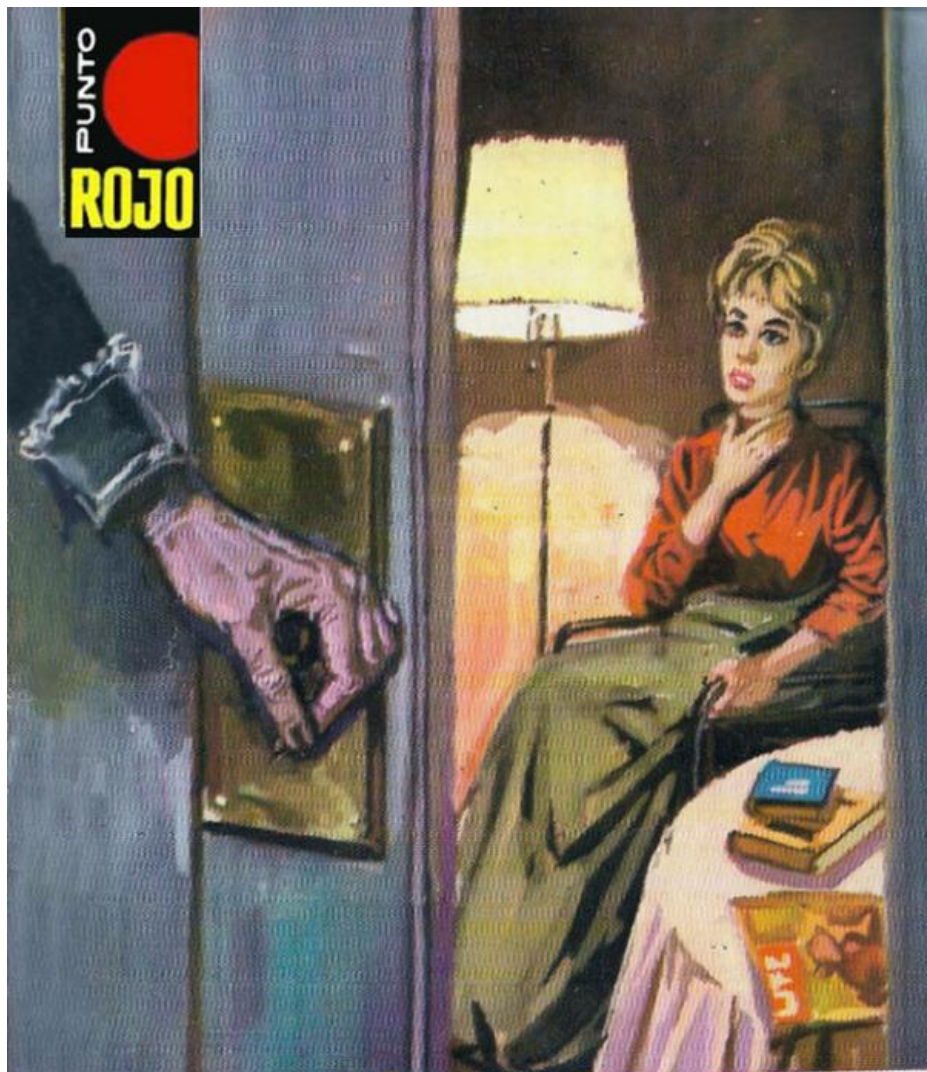


PUNTO

ROJO



UN DELICIOSO TERROR

silver kane





SILVER KANE

UN DELICIOSO TERROR

Colección PUNTO ROJO n.º 113
Publicación semanal
Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA



DEPOSITO LEGAL B 11044 - 1964

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.ª EDICIÓN: JUNIO 1964

© SILVER KANE - 1964

SOBRE EL TEXTO LITERARIO

© JORGE SAMPER - 1964

SOBRE LA CUBIERTA

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1964

N. R. 2939/64

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL:

En Colección BISONTE:

833. — La reina de los muertos.

En Colección SERVICIO SECRETO:

711. — Cada hombre en su tumba.

En Colección SALVAJE TEXAS:

393. — La loba del rancho.

En Colección KANSAS:

315. — Hijo de la muerte.

En Colección ASES DEL OESTE:

262. — Los alacranes.

En Colección PUNTO ROJO:

111. — Sendas en la noche.

En Colección METRALLA:

28. — Varsovia.

En Colección SERVICIO SECRETO:

90. — Se alquila una tumba.

En Colección BUFALO:

553. — Bueno para morir.

En Colección CALIFORNIA:

401. — Una canción y una horca.

UNO

El hombre procuró no pisar la sangre, mientras encendía un cigarrillo con movimientos lentos, calmosos, y mientras daba unos pasos por la habitación, en dirección a la ventana.

Apartó las cortinillas poco a poco.

Desde la altura de la ventana, que estaba en un tercer piso, se divisaba la agitación de La Cannebière, la arteria más importante y popular de Marsella. Se distinguían los rótulos de los hoteles, los géneros que había expuestos en los escaparates, las gentes que subían y bajaban disfrutando del apacible sol de la mañana. Se veía también algunas parejas que, pese a lo impropio de la hora, penetraban cogidas del brazo en un hotelucho de pésima reputación que se encontraba situado enfrente de la ventana, y cuyos huecos estaban muy bien cerrados o cubiertos por visillos.

Se veía todo eso.

Se veían también los tejados de las casas, acariciados por el sol de la mañana, y las otras ventanas altas tras las que tecleaban las mecanógrafas o las amas de casa empezaban a hacer sus preparativos para la cercana hora de la comida.

El hombre retiró lentamente el cigarrillo de sus labios y exhaló una bocanada de humo.

En ese momento entraban en el hotelucho frontero una muchacha de unos veintitrés años y un viejo que le acariciaba el brazo insistentemente. La muchacha era alta, llenita, y aun desde aquella distancia se notaba la costura tensa y excitante de sus medias.

El hombre que estaba en la ventana suspiró:

—Lástima.

Se volvió hacia el interior de la habitación.

Allí, en medio del charco de sangre que él había procurado no pisar, había otra mujer. Esta también era joven, bonita quizá más bonita que la que acababa de entrar en el hotelucho. Tenía una preciosa figura, mejor que la de un maniquí.

Bueno, la había tenido.

Ahora, de aquella preciosa figura no quedaba nada, o al menos nada que pudiese despertar la admiración masculina. La habían apuñalado,

seccionándole casi la garganta, y parte de las ropas estaban arrancadas y hechas jirones. Los senos pujantes y jóvenes asomaban entre los desgarrones. La falda también estaba rota y alzada, hasta mucho más allá de donde un hombre hubiera podido desear.

Sólo que éste, el que ahora estaba ante ella, no la miraba con ojos de hombre.

La miraba con unos ojos lejanos, fríos, ausentes, como si su dueño se encontrase en otro mundo.

El hombre también musitó:

—Lástima.

Sin tocarla, volvió a pasar junto a ella, procurando no mancharse los zapatos de sangre, igual que había hecho antes. Luego, se inclinó un poco y miró atentamente la herida de la garganta.

Sí, la garganta de la mujer había sido casi completamente seccionada.

Estaba bien muerta.

El hombre tenía en la mano el cuchillo con el cual había sido cometido el crimen.

Limpió en una sábana del lecho la sangre que impregnaba la hoja, procurando no tocar en absoluto ni una partícula de ropa.

Luego guardó el cuchillo.

El hombre se acercó a la puerta exterior de la habitación, pegó el oído a ella y estuvo unos instantes en absoluto silencio, oyendo los rumores que llegaban desde el pasillo.

Esos rumores eran los habituales en un hotel de poca categoría: grifos que gotean, ruido de agua en alguna cabina de W. G., puertas que chirrían, canciones de alguna criada que aún gastaba el repertorio de los años veinte...

Todo eso.

Llegó un momento en que los rumores cesaron, y el hombre comprendió entonces que el pasillo estaba libre. Abrió la puerta, haciendo girar el pomo con el pañuelo, y salió.

La alfombra raída que llegaba hasta la escalera, apagó los pasos.

Casi todas las puertas que daban al corredor estaban sucias y despintadas, así como las paredes, pero el hotel quería guardar una categoría muy de otra época. Tal era la causa de que hubiera alfombra, de que en los ángulos se vieran algunas macetas con plantas de sombra, y de que junto a las escaleras existiese un gran reloj de carrillón que en otro tiempo debió ser el orgullo de alguna casa ilustre.

El hombre avanzó rápidamente, y como tenía el reloj de cara, justo donde nacían las escaleras, no tuvo más remedio que mirarlo.

Maquinalmente pensó: «No creí que fuera tan temprano».

Era incluso absurdamente, temprano, porque debía faltar poco para el mediodía, y sin embargo, aquel reloj marcaba las diez y cuarenta y cinco.

El hombre consultó el suyo.

Las once y treinta y ocho.

«Absurdo», pensó.

Se dio entonces cuenta de que el reloj estaba parado. El hombre pensó que era un poco estúpido al no haberlo advertido antes.

Siguió descendiendo.

En la cabina de recepción estaba el dueño, como siempre. Usaba peluquín y bigotes, y tenía aspecto de francés de la época de Napoleón III. Vio bajar al hombre con una sonrisita.

—Buenos días, señor Lamber —dijo el dueño cortésmente.

—Buenos días, *monsieur*.

—Hoy ha salido tarde, señor Lambert. Empezaba a temer que se sintiera enfermo.

—¡Oh, no! Es que he tomado el desayuno en mi habitación. Por cierto, *monsieur*, voy a marcharme mañana.

—Cuánto lo siento, señor Lambert.

—Pero esta noche traeré aquí a una señorita.

El dueño del hotel se atusó los bigotes.

—¿Cómo dice, señor Lambert?

—El motivo de mí estancia en Marsella era esperar la llegada del mercante «Izmir», que arriba desde los puertos del Golfo Pérsico. En él viene una señorita a la que debo acompañar a París. He sabido que el «Izmir», después de muchos retrasos, llega por fin a Marsella este mediodía.

—¿Y usted desea que la señorita en cuestión descanse aquí antes de tomar el expreso de París?

—Justamente, *monsieur*.

El dueño del hotel guiñó un ojo.

—No hay inconveniente, señor Lambert.

—¿Le dará una habitación contigua a la mía?

—¡Oh, claro!

Josiah Lambert fue a salir mientras decía:

—Gracias.

Cuando estaba en la puerta, el dueño del hotel le llamó:

—Eh, señor Lambert.

—Dígame.

El dueño del hotel le estaba guiñando el otro ojo.

—Suerte.

—Gracias, *monsieur*.

Josiah Lambert salió a la calle.

Llamaba la atención de las mujeres con su elevada estatura, su rostro ligeramente parecido al del actor Charlton Heston, su elegancia y su aspecto de hombre de mundo. Más hubiera llamado la atención por su

monumental cuchillo con huellas de sangre, desde luego, pero eso no se veía.

Josiah Lambert, nacido en Francia, de padre inglés y madre judía, conociendo siete idiomas y habiendo viajado por todos los países del mundo, era capaz de decir cuándo llegaría a Hong Kong un barco que saliera en aquel momento de Valparaíso, de cuántas unidades se componía, la flota de la «Cunnard» y qué retraso llevaban los correos marítimos entre Southampton y Buenos Aires.

Por eso no le cabía ninguna duda de que el «Izmir» llegaría dentro de poco tiempo.

Tomó un taxi y se hizo conducir a los muelles, junto a los tinglados de la Agencia Judía. El vehículo estuvo rodando casi media hora por el inmenso puerto de Marsella. Cuando se detuvo, el «Izmir» estaba haciendo la maniobra de atraque.

Era un barco sucio, tiñoso, cuyas bodegas debían estar repletas de ratas gordas, y cuyo caparazón parecía haber recogido toda la mágica porquería de las ciudades del Golfo Pérsico...

Josiah encendió un nuevo cigarrillo y se acomodó en la barandilla superior de la estación marítima, mientras veía descender a los pasajeros. Sabía bien cómo era la muchacha a la que esperaba, porque se la habían descrito con detalle: «Rubia, de tez muy fina, preciosa, con pestañas largas, caderas redondas y piernas de concurso. Para encontrarla solo tiene que fijarse en la más bonita del buque, ¡Esa es!»

Pero del navío solo descendían fulanos gordos y ajetreados, mujeres con aspecto de haber pasado la escarlatina algún que otro camarero que parecía haber sido sacado de las selvas de Malasia.

De la chica, nada.

Lambert arrojó su cigarrillo y encendió otro, con los ojos siempre puestos en la escalerilla del buque.

En aquel momento una mano se posó en su espalda.

—Señor Lambert...

Lambert se volvió. Casi tropezó con los bigotes napoleónicos del dueño del hotel y con sus ojos desencajados.

—¿Qué ocurre, *monsieur*?

—Algo horrible, señor Lambert.

—¿Horrible?

—Verá, aquello se va a llenar de policías dentro de un par de minutos. Pero yo prefiero que se entienda con ellos mi mujer. A mí me falta el aplomo, ¿sabe? Y en cambio a ella le sobra. Con un golpe de cadera tumbó una vez a un tío que se ganaba la vida en la lucha libre. Entonces he pensado que lo mejor era estar ausente, y he venido aquí. Usted es el único huésped del hotel con quién me agrada estar, señor Lambert.

Lambert exhaló una bocanada de humo.

—Se lo agradezco, y hasta estimo en mucho su compañía, pero no le entiendo del todo, *monsieur*. Usted ha hablado de algo horrible.

—*Justement*. Algo horrible, señor Lambert. En mi hotel se ha cometido un crimen.

—¿Un crimen? ¿Y quién es la víctima? Aquel gato rollizo que la semana pasada se paseaba por las cocinas?

—No bromea, señor Lambert. La víctima es la señorita Arcier.

—¿La señorita Arcier? No la conozco.

—Entró en el hotel hace apenas tres días, pero creo que ustedes dos debieron encontrarse alguna vez. La habitación de ella estaba situada muy cerca de la suya.

Lambert exhaló una nueva bocanada de humo.

—No la recuerdo, *monsieur*.

—Lástima, porque era preciosa. Claro que eso está mal decirlo ahora... Porque ha sido terrible, señor Lambert. Le han rebanado el pescuezo... ¡así! —hizo un expresivo gesto en torno al cuello, moviendo el dedo índice como la punta de un cuchillo—. Todo estaba perdido de sangre. La ha descubierto una de las camareras, a la que hemos tenido que dar medio litro de coñac del más caro para que empezara a reponerse. El cuchillo ha tenido que ser monumental, créame.

Haciendo un ampuloso gesto para explicarse, puso una mano en la cintura de Josiah Lambert, y palpó el cuchillo que este llevaba oculto. Pero, en su nerviosismo, no notó lo que era aquello. Sólo supo que había tocado una cosa dura. Prosiguió:

—Crea que ha sido horrible, horrible...

Lambert arrojó su segundo cigarrillo a tierra y lo aplastó con el pie.

—¿No debería usted encontrarse ahora en el hotel, *monsieur*? ¿No es una imprudencia que usted haya desertado de su puesto?

—¡Oh, la policía ya me conoce! Saben que yo nunca podría cometer un crimen así, y además, ya quedará tiempo para los interrogatorios. Prefiero que en el primer momento se entienda con ellos mi mujer. Además, es mucho más discreta que yo, pero me he sentido tan desanimado que casi me faltaba el aire. Entonces he tomado el coche y he venido hasta aquí. Para olvidarse de los malos tragos no hay como ver a una mujer bonita.

—¿Cómo sabe que es bonita la mujer a quién espero, *monsieur*?

—Eso no se pregunta, señor Lambert. Usted no hubiera perdido el tiempo ni se hubiese molestado por una mujer que no fuese de bandera.

Lambert apoyó ambas manos en la barandilla.

—Puede que tenga razón, *monsieur*.

—¿Y qué? ¿No sale?

—Ya ha desembarcado casi todo el pasaje, pero ella no aparece.

—Quizá habrá que despejar el muelle, señor Lambert. A lo mejor se trata de una señora tan imponente que las autoridades marítimas han

tomado medidas de seguridad...

—Quizá.

—Ya siento curiosidad por verla. ¿Cómo está de piernas?

—Dicen que es lo mejor que tiene.

—Pues entonces...

Y en aquel momento el hombre dejó de hablar, porque la mujer a la que Lambert esperaba había aparecido.

Viéndola, se comprendía que hubiese esperado hasta el último minuto para desembarcar.

Era tal como se la habían descrito: Rubia, de tez fina, preciosa, de largas pestañas, caderas redondas y piernas de concurso. Sí, así era.

Sólo que no le habían dicho que era una paralítica. No le habían dicho que llegaría en una silla de ruedas.

Lambert apretó con horrible fuerza los barrotes de la barandilla antes de avanzar hacia ella.

DOS

Las bonitas piernas de la mujer no se movieron en todo el trayecto. No se Habían movido cuando él la ayudó a salir de la Estación Marítima, ni cuando la llevó al Hotel lleno de policías ni cuando al día siguiente la condujo hasta un apartamento de primera del expreso de París. Josiah Lambert había llegado a preguntarse qué diablos hacía aquella mujer para dormir, cómo se desnudaba y cómo se cambiaba de ropa.

Pero, bueno, ese no era asunto suyo.

Además la mujer hablaba poco, y cada vez que él la ayudaba en algo se limitaba a darle las gracias sin mirarle a los ojos.

Cuando ya rodaban a ciento cincuenta a la hora en el expreso de París, él compró un paquetito de dulces en el bar del tren y se lo puso delicadamente en las rodillas.

—¿Quiere?

—No me apetecen ahora, gracias.

—Qué alegría me da...

Ella le miró a los ojos quizá por primera vez.

—¿Alegría? ¿Por qué?

—Esta es la frase más larga que ha pronunciado desde que nos conocemos. Creo que ni siquiera me ha dicho su nombre. Bueno, tal vez me lo dijo, pero debió ser en voz tan bajita que no lo oyó ni el escote de su blusa.

—Me llamo Alma.

—Alma... Precioso nombre.

Josiah deshizo el paquete de dulces y tomó uno, aunque no le apetecían. Sólo lo hizo para animarla. Le gustaba saber cómo era aquella mujer comiendo, ya que nunca podría saber cómo era besando.

—¿Y a qué va a París? —preguntó—. Es curioso la enormidad de cosas que ignoro de usted. Una montaña de cosas.

—Voy a vivir con una hermana mía —susurró Alma—. Usted, que es un

hombre tan inteligente, ya habrá comprendido que no puedo vivir sola.

—Sí, claro —musitó Josiah—. No estoy acostumbrado a que me llamen inteligente, ¿sabe?

Miró hacia la ventanilla del departamento, a través de la cual desfilaban raudos los campos de Provenza, las tierras del buen vino y del clima dulce. Ya no se divisaba nada del casco urbano de Marsella, ni siquiera la torre de Nôtre Dame de la Garde. El mar quedaba atrás, y parecían quedar atrás también las lejanas rutas de Oriente, por una de las cuales había venido la muchacha. Josiah Lambert recordó el «Izmir», aquel sucio buque en que ella había llegado. Todo lo que se refería a Alma era un perpetuo interrogante. Lambert hubiera estado todo un día preguntando «¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?»

—De modo que va a vivir con su hermana —susurró—. ¿Y dónde vive su hermana? ¿En qué sitio de París?

—En la Avenida del Mariscal Foch.

—Magnífico lugar. Debe ser una mujer rica.

—Lo es.

Se produjo un instante de silencio entre los dos. De pronto Alma añadió:

—Bueno, quizá no sea tan rica como parece, aunque tenga una casa de propiedad en la Avenida del Mariscal Foch. Se trata de una casa muy vieja, una de las más viejas del barrio. Es inmensa y tiene quince habitaciones. Mi hermana habló hace algún tiempo de alquilar alguna, para agenciarse algún dinero, pero nunca lo ha hecho porque le gusta vivir sola.

—Comprendo. Más bien parece que su hermana haya sido una mujer muy rica que ahora ya no lo es tanto, ¿verdad?

—Ha comprendido usted perfectamente.

—¿Y a qué se dedicaba?

—Era artista de cine.

Josiah lanzó un suave silbido.

—Entonces es fácil que la conozca. Yo he estado algún tiempo ausente de Francia, pero seguro que la he oído nombrar. ¿Cómo se llamaba?

—Ketty Debré. Yo soy Alma Debré.

—Ketty Debré... No la recuerdo.

—Es que ella no actuaba con ese nombre. Tenía un seudónimo artístico.

—¿Cuál era?

Alma se encogió de hombros.

—No lo recuerdo.

—¿No lo recuerda? ¿Usted tiene una hermana artista de cine y no sabe si siquiera con qué nombre actuaba?

—No.

—¿Jamás vio una de sus películas?

—Jamás.

Josiah Lambert se tragó dos dulces maquinalmente, sin darse cuenta de que masticaba.

—¿No vivía usted en Francia? —farfulló.

—No. He vivido siempre en la refinería de petróleo de Ibadán, en Persia. Vivía con mi padre.

—¿Y su hermana vivía sola en París?

—Eso es.

Miró hacia la ventanilla, por dónde los campos seguían desfilando vertiginosamente, y añadió en voz baja:

—Mi hermana y yo somos hijas del mismo padre, pero de distinta madre. Es que mi padre se casó dos veces, ¿sabe?

—Sí, ya me hago cargo.

—Papá era ingeniero —siguió diciendo lentamente Alma—, y siempre trabajó en zonas petrolíferas. Viajamos mucho por todas partes, desde Pennsylvania al golfo de Maracaibo, y desde allí a los campos petrolíferos de Kuwait o la Arabia Saudí. Últimamente papá se instaló en Ibadan, porque estaba cansado de correr mundo y allí tenía un magnífico sueldo. Estuvimos juntos... hasta que murió.

Josiah hizo un leve gesto con los labios, sin mirar directamente a la muchacha.

—Usted lo sintió mucho, ¿verdad? Usted amaba a su padre.

Alma susurró:

—Sí...

—En cambio su hermana Kelly lo aborrecía.

Alma volvió a susurrar:

—Sí...

—¿Le molestó que se hubiera casado por segunda vez?

—Mucho. Ella ya tenía entonces veintitantos años. No llegó a perdonárselo nunca.

—¿Y su madre de usted? ¿No vive?

—No. Pereció en el accidente de helicóptero en que yo perdí el movimiento de mis piernas. De eso hace poco más de un año. Por si le interesa, señor Lambert, estoy sola en el mundo sin más excepción que la compañía de mi hermana. Pero todavía no se me ha ocurrido pensar en lo hermoso que sería que algún hombre me consolara. Yo soy de esas chías anticuadas, señor Lambert, que solo se divierten con la ropa puesta.

Josiah Lambert abrió mucho los ojos. Luego los cerró casi de golpe.

—¿Sabe su hermana que está paralítica? —preguntó suavemente.

—No, no lo sabe.

—¿Por qué va usted con ella?

—Porque es mi único familiar, señor Lambert, y desgraciadamente yo no puedo vivir sola. Ignoro si me recibirá bien o mal, pero tengo que correr ese riesgo.

—Ya.

—Por cierto, ignoro aún si ha sido ella la que le ha contratado para que me acompañase.

—No sé bien quién me ha contratado —dijo él, encogiéndose de hombros— aunque probablemente ha sido ella. Yo trabajo para una agencia de representaciones mercantiles, y viajo mucho. —Hizo un amplio gesto con las manos—. Un día aquí, otro allí... El jefe de la agencia me pidió que la aguardase a usted, seguramente por encargo de su hermana, con la que debe tener alguna amistad. Eso es todo.

Josiah Lambert guardó un momento de silencio y de pronto se echó a reír. Se echó a reír con carcajadas bruscas, un poco ásperas.

Ella le miró. Le miró fijamente. Alma tenía unos ojos suaves, dulces, pero tan quietos que resultaban un poco siniestros.

—¿De qué se ríe, señor Lambert?

—Es curioso. Cuando me dieron el encargo, me dijeron que era usted una mujer de campeonato, una mujer de las que hunden un acorazado con un golpe de cadera. Seguro que ignoraban que usted está paralítica, porque tenían también alguna referencia acerca de sus piernas. Unas piernas descomunales, según decían. De esas que mueven de sitio a una estatua.

Ella pudo haberse ofendido ante aquella frase pero no se ofendió. Se limitó a hacer un suave gesto mientras alzaba un poco, muy poco, su falda.

—Y tenían razón, señor Lambert —musitó. Josiah Lambert tragó saliva. Tragó saliva tres veces, como si se estuviera ahogando.

Fue entonces cuando palpó el cuchillo que aún llevaba oculto.

Y dejó de mirar a la muchacha.

* * *

La casa estaba situada en uno de los puntos más distinguidos de la Avenida del Mariscal Foch, en la acera derecha yendo hacia el Arco de Triunfo, pero era una de las más tristes que Josiah Lambert había visto jamás.

Debía haber sido construida un siglo antes y el aire de París la había ido volviendo negra, como ocurre con todos los edificios expuestos a la terrible humedad del Sena. La verja exterior no había sido pintada quizá desde principios de siglo, y el jardín estaba tan descuidado como un pedazo de selva. A lo largo de los años, algunos gatos habían encontrado refugio allí, en alegre convivencia con las orondas ratas a las que se arrojaba desde las casas vecinas. Los cristales tenían una perpetua costra de suciedad, y los postigos, que antaño fueron blancos, tenían ahora un triste color humo. La impresión que la casa producía era semejante a la que se tiene en las pesadillas.

Lo curioso era que el edificio resultaba magnífico en sí, es decir en cuanto a líneas y categoría.

Gastándose en restaurarlo un millón de francos viejos, hubiera resultado una casa de primera serie. Pero o faltaba el millón o faltaban las ganas de gustarlo.

Josiah Lambert, que había ido empujando la silla de ruedas desde la estación hasta la Avenue Poch, se detuvo delante de la casa.

Alma le había dicho cuando descendieron del tren:

—Tomemos un taxi. El trayecto es largo.

—No podemos. La silla de ruedas es demasiado ancha y no entrará por la portezuela.

—Es que llamaremos la atención por París...

—En París no llama la atención nadie.

Y era verdad. Nadie se fijó en ellos, y si alguien les miró no fue precisamente por la silla, sino por la belleza de la muchacha. Porque Alma tenía unas rodillas de esas que hacen pensar en cosas que nadie dice en voz alta.

Y ahora Josiah Lambert se había detenido ante la verja de la casa, mirándola con los ojos entrecerrados.

Alma susurró:

—Puede empujar la verja. Sé que está abierta.

—¿Por qué lo sabe?

—Mi hermana Ketty nunca cerraba las verjas. Supongo que sigue con la misma costumbre:

Josiah empujó. En efecto, la verja estaba solo entornada.

Más allá se extendía el jardín sucio, abandonado, envuelto en las primeras sombras del atardecer. Y al fondo del jardín estaba la casa, en una de cuyas ventanas se veía un reflejo de luz.

—Su hermana está en casa —susurró Josiah.

—Ella siempre está en casa.

—¿Por qué ha dicho *siempre* con esta entonación?

—A Ketty le gusta no moverse de entre las paredes que le son conocidas. Es una mujer un tanto rara, y además me lleva casi veinticinco años. No creo que tengamos los mismos gustos.

—Está bien. Voy a llamar para que le abra.

Alma alzó los ojos hacia él.

—No lo haga, señor Lambert. Es decir, llame para que ella sepa que estoy aquí, pero después déjeme sola.

—¿Por qué?

—Quiero que nos encontremos cara a cara sin la intervención ni la ayuda de nadie.

—Usted teme que su hermana le odie, ¿verdad?

—Estoy segura de que me odiará.

Lambert, sin una palabra más, fue hacia la puerta y oprimió el timbre, que sonó con un deje ronco y cavernoso en las entrañas de la casa.

Luego volvió junto a Alma. Supuso que tardarían en abrir.

—No quisiera dejarla —susurró.

—¿Por qué?

Lambert dijo sombríamente.

—Me gustan las mujeres desamparadas y solas. Me producen como un escalofrío, un no sé qué.

Ella tembló. No supo explicárselo, pero tembló.

—Es usted un tipo extraño, señor Lambert.

—Puede que sí, Alma. Y creo que nunca me conocerá usted bien. Quizá en realidad nadie me conoce todavía.

Ella introdujo la mano en uno de sus bolsillos.

—Creo que le debo una recompensa, señor Lambert. Se ha molestado mucho por mí.

—No me debe nada —dijo él—, no se preocupe.

Y se alejó bruscamente, mientras la puerta de la casa se abría.

No llegó a ver a Ketty Debré, la hermana de Alma.

Quizá fue mejor así.

TRES

Dos días más tarde, Alma Debré escribía en su diario, una especie de historial íntimo que había empezado a llevar desde que se trasladó a Ibadan con su padre:

«Llevo ya cuarenta y ocho horas en la casa de Ketty, una casa más sombría, más solitaria y más triste que todo lo que yo hubiera podido imaginar en el peor de mis sueños.

»Ketty vive sola; es decir, a partir de mí llegada vivimos las dos. Sólo una mujer viene a hacer la limpieza tres veces por semana; Ketty se prepara ella misma sus comidas y apenas sale de casa. Vive como hundida en sus recuerdos, en un pasado que ya no puede volver.

»¿Qué edad tendrá Ketty ahora? Yo supongo que unos cincuenta años. No es vieja, pero su mirada perdida la hace parecer mayor de lo que es. Tiene ya bastantes canas, aunque se tiñe. Sus ojos son hermosos, hermosísimos, pero por eso mismo resultan siniestros.

»¿No se ha fijado nadie en qué todos los artistas que protagonizan películas de horror tienen los ojos muy hermosos? ¿Quién no recuerda los ojos de Boris Karloff? Eran profundos y maravillosamente dibujados. ¿Y Christopher Lee? Sus ojos son extraordinarios. Porque son los ojos lo que más miedo da en el rostro humano. Quizá por eso Ketty los tiene así, tan bien dibujados, quietos, profundos y llenos de misterio. Pero no quiero pensar en tales cosas; prefiero olvidarlo, prefiero olvidar la profundidad casi macabra de esos ojos.

»Ketty me ha recibido muy mal. No sabía que soy paralítica, y ya ha empezado a quejarse y a decir que represento una carga. Tengo algún dinero que me dejó papá, pero, ¿qué será cuando

se termine? ¿Qué ocurrirá cuando yo no pueda ofrecerle nada a cambio del favor que ella me hace teniéndome en su casa?

»Sin embargo, no es eso, lo que más me preocupa; no es eso... Se trata de la soledad de la casa, de este silencio, de esta especie de tumba en que vivimos las dos. Y tengo miedo...

«Anoche noté que Ketty había parado todos los relojes de la casa. ¿Por qué?...»

Alma cerró el diario y lo ocultó cuidadosamente.

CUATRO

No recordaba haber visto a una chica como aquella en bares discretos como los que se alinean cerca de la Porte Dauphine, en la rue de Longchamps y otros lugares semejantes. No se sabía qué podía haber venido a hacer una chica como aquella a un bar donde solo se reunían hombres de negocios, comisionistas aburridos y algún que otro agente de Bolsa que rumiaba horas y horas las cotizaciones ante un vaso de ginebra rebajada.

Porque la chica había ido allí en busca de hombres; de eso no cabía la menor duda. Pero los hombres que podían interesarle a ella estaban en otros lugares, en las calles que se remontan desde la Place Blanche, por ejemplo.

Mientras la miraba, Josiah Lambert pensó en eso.

Y pensó también que la chica valía la pena.

Era alta, más bien llenita, y debía tener unos veintiséis años. Había cruzado las piernas y enseñaba las medias en toda su extensión. El escote era digno de una pantalla de cinerama.

Tenía los cabellos rubios.

Rubio natural.

Josiah Lambert pidió dos vasos de *whisky* doble en la barra y fue con ellos bacía la mesa donde se sentaba la muchacha.

—¿Acepta? —preguntó.

Ella le miró a los ojos.

—¿Por qué no?

—¿Me permite que me siente a un lado de la mesa?

—¿Y por qué a un lado?

—Porque así le puedo ver mejor las piernas. Tengo interés en saber de qué marca son las medias que lleva.

Ella rio.

—«Christian Dior».

—¿Irrompibles?

—¿Quiere probarlo?

Josiah rió silenciosamente, mientras bebía un largo trago de *whisky* puro.

—¿Qué haces aquí, muchacha? —susurró.

—¿Cómo que qué hago? ¿No lo ves?

—Si buscas hombres, este es un mal sitio.

—Ya me voy dando cuenta —gruñó distraídamente—, pero debe ser la falta de experiencia.

—¿Qué hacías antes?

—Vine de una pequeña ciudad, de Poitiers, y actué en un cuerpo de baile hasta que tuve la desgracia de romperme una pierna en una mala caída. Desde entonces no he vuelto a ser tan ágil como antes. ¿Sabes tú lo que se exige para bailar en un conjunto de *can-can*?

—Ya supongo que no basta con tener bonitas piernas —susurró Josiah—. Las bailarinas tienen que ser también verdaderas acróbatas.

—Yo lo fui —dijo ella nostálgicamente, mientras bebía a pequeños sorbos—. Y no creas, no soy vieja. Sólo tengo veintiséis años, pero en esta profesión hay que mantenerse muy en forma o se fracasa. Desde que me rompí la pierna ya no puedo hacer el «grand ecart» (^{1}), y tuve que dejar el conjunto de baile.

—Mal asunto —dijo sucintamente Josiah.

—Tu pensarás que mi historia es muy vulgar.

—Todas las historias de todas las chicas que llegan dispuestas a conquistar París son vulgares —dijo Josiah—, pero todas ocultan un profundo y humanísimo drama. En fin, supongo que a ti te aburrirá hablar conmigo.

—¿Por qué ha de aburrirme?

Josiah rió.

—Soy un tipo siniestro.

—Sí, tienes unos ojos raros. Ya me he fijado en ellos cuando has entrado aquí. Ojos de asesino, si me permites decir la verdad. Pero no creo que resultes aburrido. ¿Qué vas a hacer esta tarde?

Josiah acabó su *whisky*.

—Estoy en París solo de paso —dijo—, y antes de marcharme quiero hacer algunas visitas.

—¿Entonces por qué te has acercado a mí?

—Pura extrañeza —confesó Josiah—. Me ha sorprendido que una chica estuviera buscando aventuras en un lugar como este..., ¿Te molesta?

—En cuanto se acabe el *whisky* empezarás a molestarme —suspiró ella—. Pero por ahora no.

—Al menos eres sincera.

—Siempre lo soy. Por eso me marché de la casa de Ketty, aquella bruja.

Un nervio palpitó silenciosamente en la frente de Josiah Lambert, pero la chica no se dio cuenta.

—¿Ketty Debré? —preguntó él.

—¿Cómo lo sabes?

—Tengo amistades por este barrio.

—No me dirás que eres amigo de esa bruja.

—¡Oh, no! La he visto algunas veces, sencillamente.

La muchacha casi acabó su *whisky*. No debía estar acostumbrada a beber y se iba haciendo locuaz por momentos.

—La maldita bruja... —farfulló—. Ketty Debré debe tener ahora unos cincuenta años, la muy perra. Pero no quiere admitirlo. Se vuelve como loca en cuanto le hablan del tiempo que se fue, ¿Y sabes cuál es su diversión favorita? Degollar muñecas.

—¿Degollar muñecas?

—Tiene docenas de ellas. Do-ce-nas de ellas —recalcó—. Por lo visto hubo un tiempo en qué un admirador se las regaló a montones, como si le regalara ramos de flores. Y ella las guardó, pero ahora les rebaña el pescuezo. Hace siempre el mismo tajo. De izquierda a derecha, bruscamente. Tiene para eso un cuchillo malayo que no sé de dónde sacó, aunque seguramente se lo regaló alguien. No falla un golpe. Al primer tajo, la cabeza de la muñeca salta, por bien construida que esté. Yo no pude resistir aquello y tuve que marcharme.

—¿Vivías con ella?

—Me había alquilado una habitación. La muy perra decía que necesitaba algún dinero para renovar su vestuario. Duré dos meses, ¿sabes? Hasta que no pude más.

—¿Tenía alguna otra manía, aparte la de las muñecas?

—¡Oh, manías de vieja loca! Por ejemplo levantarse por las noches y andar de un lado a otro de la casa. Y reír de una forma que helaba los nervios. No sé cómo resistí tanto tiempo allí.

—¿La Debré había sido artista, verdad?

—Sí, pero de eso debe hacer unos cuantos siglos. Fue artista de cine antes de que el cine se inventara. ¡Uf! Debe hacer una porrada de años que no aparece en una pantalla.

Terminó de beber su *whisky* y añadió:

—Como siempre he vivido por el barrio, me ha tentado quedarme en este bar. Pero ya veo que el ambiente es insípido.

—¿Y dónde vives ahora?

—Cerca de aquí, en la rue Montevideo. En un apartamento que tiene una sola habitación.

Josiah Lambert dijo impulsivamente:

—Te invito a cenar.

Ella alzó la cabeza y le miró.

—¿Sabes que al decir eso los ojos te han brillado de una manera extraña?

—¿Sí? ¿De qué manera?

—Te han brillado como los de un asesino.

—Pero vas a aceptar, ¿no?

—Una chica, como yo nunca rechaza una invitación de esa clase.

Josiah miró su reloj.

—¿Dentro de tres horas? ¿A las nueve?

—Hace.

Ella misma le apuntó la dirección maquinalmente en una hojita que arrancó de un bloc.

—A las nueve.

Josiah Lambert se puso en pie y le estrechó la mano.

—Pienso llevarte a un buen sitio —dijo.

Y se largó.

Por delante del establecimiento pasaba en aquellos instantes la furgoneta de reparto de una funeraria.

La funeraria se llamaba «El mejor sitio del mundo».

* * *

Hacia las nueve, Josiah Lambert se cambió de traje, ocultó cuidadosamente el cuchillo que se había traído desde Marsella y salió a la calle dispuesto a ir hasta la Rue Montevideo.

Tomó el Metro hasta L'Etoile. Luego prefirió ir andando.

Desde la Avenue Foch torció a la izquierda, para ir a la rue Montevideo. Encontró con facilidad el número de la casa que le había dado la chica. Pero fue entonces cuando recordó que ni siquiera conocía su nombre.

Josiah se encogió de hombros.

Mejor.

Así todo resultaba más inquietante, más misterioso, más una cita con lo desconocido.

Penetró en la escalera.

Aquel debía ser un sitio muy discreto, porque no había nadie en la portería. Las puertas estaban pintadas en marrón, muy bien cuidadas, muy limpias. Toda la casa, a pesar de ser antigua, tenía ese aire íntimo, de bombonera, que tienen los nidos de amor.

Y así Josiah Lambert llegó al último piso, a la buhardilla, donde le había dicho que vivía ella.

Llamó.

Durante unos segundos no escuchó nada, excepto el gorgoteo del agua

de un grifo que debía estar llenando una bañera. Fue comprensivo, pensando que la chica querría asearse, y durante un par de minutos largos se abstuvo de llamar otra vez.

Luego insistió.

El gorgoteo del grifo seguía oyéndose, pero ahora creyó percibir algo más: él gruñido ininteligible de una garganta humana.

Josiah volvió a llamar.

El gruñido se reprodujo.

Extrañado, Josiah Lambert tanteó la puerta. Estaba cerrada y además era muy sólida; no podría derribarla ni le convenía hacerlo. De modo que empezó a probar febrilmente con el manajo de llaves que tenía en el bolsillo.

Eran casi diez, y de los más variados tamaños. Una de ellas, muy delgada, llegó hasta el fondo de la cerradura.

Josiah Lambert la manejó hábilmente.

Después de varios minutos de forcejeo, se oyó un chasquido y cedió la cerradura.

Josiah Lambert entró. Su mano derecha descansaba sobre la empuñadura del cuchillo.

El apartamento, como ella había dicho, constaba de una sola habitación. La puerta del baño estaba abierta. Más allá se oía el gorgoteo del agua en la bañera.

El hombre entró.

La chica aún vivía, y los gruñidos ininteligibles que él había escuchado partían desesperadamente de su garganta.

Una garganta que alguien había seccionado de un solo tajo.

Un tajo de izquierda a derecha.

Espantosamente mortal. Espantosamente perfecto.

CINCO

Fue el espantoso silencio que imperaba en la casa lo que sorprendió a Alma. Ella estaba acostumbrada a oír a su hermana trajar de un lado a otro, dar portazos, hacer, en fin, todos esos ruidos de la persona acostumbrada a vivir sola y que no teme molestar a los demás. Y de repente esta noche, precisamente esta noche, imperaba allí un espantoso silencio.

Alma empujó su silla de ruedas.

Salió al exterior de su habitación, que estaba en la planta baja. Su hermana había querido al principio destinarle una de las habitaciones vacías del piso superior, pero ella se había negado. En el piso superior estaría tan prisionera como en una cárcel, al no poder descender por las escaleras. En cambio aquí podía moverse y hasta le sería fácil salir a la calle, si lo deseaba.

Alma se encontró en el penumbroso pasillo sin saber aun exactamente qué era lo que le estaba ocurriendo. Pero aquel silencio le obsesionaba. Oyó el chirrido de las ruedas de su propia silla como si fuera algo lejano y amenazador. Vio las estatuillas y los viejos adornos con que Ketty había recargado la casa como si fueran fetiches de otras épocas, oscuros monstruos que la estuvieran amenazando.

¿Dónde estaba Ketty? ¿Por qué había salido de la casa?

¿Por qué aquel silencio?

Las ventanas enviaban una luz lechosa, turbia, que a veces parecía relampaguear con el impacto de los focos de los coches que pasaban por la avenida.

De pronto Alma oyó chirriar una puerta. A su espalda.

Se volvió bruscamente, manejando con maestría las ruedas, mientras ahogaba un chillido.

Y entonces la vio.

Su hermana estaba allí, quieta, en el umbral de una de las puertas,

mirándola fijamente.

Respiraba con dificultad, como si hubiera hecho una larga carrera o viniese desde muy lejos.

Y tenía un cuchillo en la mano derecha.

SEIS

Los ojos de Alma parpadearon. La figura que ahora veía recortada en el umbral, la de su hermana Ketty, era una de esas figuras de pesadilla que no se olvidan nunca. Ketty iba vestida de negro, tenía los cabellos desordenados y le temblaba la mano en la que empuñaba el puñal. Pero fue ese puñal lo que más llamó la atención de Alma.

Aquella hoja larga, reluciente, dura, ligeramente curvada, con la que de un solo tajo podía segarse una garganta humana.

En contra de lo que parecía lógico, fue Ketty la que preguntó:

—¿Qué haces aquí?

—Creía... creía que estaba sola. No se escuchaba un ruido en toda la casa y yo...

—Pues ya ves que no estás sola. Vuelve a tu habitación. Ya deberías dormir.

Alma plegó los labios, apretándolos con fuerza.

—¡No soy una niña!

—Eres algo peor que eso. Eres una paralítica.

Latía el desprecio en su voz. Alma se irguió furiosamente sobre los brazos de su sillón, apoyándose en sus manos duras, recias, en las que palpitaba una desconocida fuerza.

—¡Llevo solo tres días aquí, pero ya me estoy cansando de tus desplantes y de tus desprecios! ¡Dime de una maldita vez qué haces con ese cuchillo en la mano! ¡Dime por qué has salido de la casa!

Ketty chilló histéricamente:

—¡Yo no he salido! ¡Y además el cuchillo lo he encontrado en el jardín! ¡Lo he encontrado en el jardín, te lo juro!

—¡Vienes cansada, jadeante, como si acabaras de hacer una larga carrera!

—¡Estaba en el jardín!

—¡Tú no estabas en el jardín! ¡Tú estabas haciendo algo lejos de aquí!

¡Algo que no quieres confesarme!

—¡Mientes! —aulló Ketty.

—Eres una... una...

Alma no llegó a pronunciar la palabra que estaba pensando, porque en aquel momento su hermana perdió los estribos del todo.

Arrojando el cuchillo al suelo, la abofeteó con todas sus fuerzas. Los impactos en el rostro de Alma fueron tan brutales que la muchacha estuvo a punto de caer, volcando la silla de ruedas. Lanzó un gemido y alzó las manos, sujetando férreamente las muñecas de Ketty.

Tan férreamente que ésta lanzó un chillido.

Era inconcebible la fuerza que Alma tenía en las manos, unas manos bonitas pero rudas y nudosas, manos con las que había sostenerse, con las que daba la sensación de que podría pelear y matar.

Ketty quedó tan asombrada ante aquella terrible fuerza que abrió la boca jadeando.

—¡Suéltame, Suéltame, maldita!

—Recuerda que eres tú la que ha empezado, Ketty.

—¡Suéltame!

Alma la soltó, con una última y brusca sacudida, y su hermana estuvo a punto de caer al suelo.

Pero reaccionó enseguida.

Ciega de odio, se abalanzó sobre Alma y propinó un puntapié a la silla, volcándola por completo. Alma lanzó un gemido. Ketty fue a patearla salvajemente mientras lanzaba roncás maldiciones, y en ese momento alguien oprimió el timbre de la puerta.

El sonido del timbre pareció llegar desde muy lejos, desde las profundidades del más allá.

Ketty se detuvo, jadeando, mientras miraba como alucinada hacia la puerta.

El sonido del timbre se repitió.

Ketty abrió la boca para respirar mejor. Su mueca, su expresión, eran horribles vistas desde abajo, desde el lugar donde estaba Alma. Y Alma supo que nunca, por muchos años que viviese, olvidaría aquella expresión ni aquella mueca.

El timbre volvió a sonar por tercera vez.

Desde el suelo, Alma dijo con una extraña tranquilidad:

—¿No sería mejor que fueras a abrir, Ketty?

—Debe ser una equivocación. Nadie llama a estas horas.

—Pues ahora están llamando.

Ketty la miró desde arriba con las pupilas llameantes de odio.

—Tú lo que quieres es salvarte —susurró con una voz que daba escalofríos—. Tú lo que quieres es evitar lo que de todos modos va a suceder.

—No te tengo miedo, Ketty.

Desde lo alto, Ketty la contempló con expresión de alucinada, como si fuera a reanudar de pronto su rabioso ataque.

Pero, poco a poco, un rayo de cordura pareció ir penetrando en su cerebro.

Era evidente que no soñaba. No cabía duda de que alguien estaba llamando a la puerta.

Alma, desde el suelo, pareció adivinar sus pensamientos.

—Será mejor que me levantes —dijo—. El que llama, sea quien sea, no puede verme así.

Ketty la puso en pie.

Aunque trabajosamente, pudo incorporarla al mismo tiempo que la silla. Alma era joven y robusta, y por lo tanto pesaba más de lo que parecía a primera vista. Quedó encajada en la silla de ruedas y con los cabellos ligeramente despeinados, pero hermosa como siempre y con un brillo desafiante en sus ojos.

—No te tengo miedo —repitió.

—Al contrario —dijo Ketty sentenciosamente—. Lo que acabas de hacer indica que me tienes mucho miedo, tanto que has llegado a las fronteras de la desesperación. Quieres fingirte fuerte para ocultar tu debilidad, pero eso no te dará resultado conmigo. Muy pronto tendremos ocasión de volver a hablar de esto, pedazo de carroña.

Después del insulto, Ketty recogió el cuchillo y lo guardó en el cajón de una alacena del pasillo, cajón en que Alma se fijó muy bien. Hecho esto, caminó hacia la puerta.

La abrió, cubriendo parcialmente la entrada con su propio cuerpo. Por tanto, Alma, desde donde estaba, no pudo ver quién era.

Sólo escuchó lo que le ocurría a su hermana.

Sólo se dio cuenta de que ésta lanzaba un débil grito de miedo.

* * *

Josiah Lambert se dio cuenta de que nada podía hacer por la muchacha. Se dio cuenta de que esta iba a morir.

Sólo a su juventud debía el no haber acabado ya después del terrible tajo que presentaba en su garganta. La sangre se le escapaba a borbotones, a raudales y no debían quedar más que unas gotas en su cuerpo. El que aún siguiese viva era un milagro que parecía atentar contra todas las leyes de la naturaleza.

Aunque ahora llamase a un médico, aunque alguien pudiera atenderla inmediatamente sobre una mesa de operaciones y aplicarle plasma en

cantidades masivas, ya nada se conseguiría. Las heridas eran sencillamente espantosas, eran de las que no se cierran. Exagerando un poco lo que Josiah estaba viendo, hubiera podido decirse que aquella muchacha acababa de ser guillotínada.

Dando un salto para que no le salpicase la sangre, Josiah Lambert levantó la cabeza de la muchacha, sujetándola por los cabellos.

No se dio cuenta de todo el horror de su gesto hasta que se vio a sí mismo reflejado en uno de los espejos del armario, el cual estaba situado enfrente del cuarto de baño. Tuvo la brusca sensación de que él levantaba la cabeza de la guillotínada.

Pero era necesario.

—Dime quién ha sido... —pidió—. ¡Dime su nombre aunque sea con tus últimas fuerzas. ¡Habla!

Se notó el esfuerzo patético, angustioso, sobrehumano que la muchacha hacía para modular un nombre.

Pero era pedir demasiado. Los pulmones ya no podían enviar aire a la boca, sino que todo se perdía por la espantosa brecha del cuello. La chica abrió mucho los ojos, con una muda y espantosa expresión de horror y de pronto todo su cuerpo cayó sin fuerzas sobre el charco de sangre.

Todo sucedió en fracciones de segundo, de golpe como una casa que se derrumba de un soplo después de haber resistido hasta el límite las primera embestidas de un terremoto.

Josiah Lambert la soltó.

Cuando lo hizo, su mano derecha era recorrida por sacudidas trémulas. Sus ojos se le salían de las órbitas.

Parecía otro hombre, un ser al que la presencia de la muerte hubiera cambiado hasta las entrañas.

Dio un salto sobre la sangre, tropezó con la pared y vio reflejado en el espejo del cuarto de baño, al chocar casi con él.

Aquel espejo le devolvió una imagen febril, delirante.

Resbaló hacia atrás, se sujetó a la cortinilla de la ducha para no pisar la sangre y la arrancó de cuajo. Luego caminó hacia la puerta, abriéndola silenciosamente.

En la escalera no se movía nadie, no respiraba nadie.

Era como salir de una tumba.

Josiah Lambert bajó los peldaños da cuatro en cuatro, rápido y silencioso como un gato, y segundos después se había perdido en las sombras de la tranquila rue Montevideo.

SIETE

Alma vio a su hermana estremecerse. Vio también moviendo un poco la silla, quién era la persona que estaba en el umbral y le había causado aquella reacción de miedo.

Se trataba de una mujer.

Y lo curioso era que esa mujer no tenía nada de especial, ni mucho menos de siniestro. Vestía correctamente, aunque con arreglo a una moda algo antigua, y debía tener aproximadamente la misma edad que Ketty. O quizá era algo más joven.

Se trataba de una mujer todavía en pleno vigor, y que en otro tiempo aún no muy lejano debió ser bella y hasta distinguida.

A pesar de la reacción de Ketty, tomó en sus brazos a ésta y la besó en ambas mejillas.

Ketty farfulló:

—¡Inger!

—¿Tanto te ha sorprendido el verme? ¿Te he asustado?

—Creí... Perdona, pero creí que estabas muerta. Leí hace dos años la noticia de un accidente en que se decía que habías perecido.

Alma, desde su lugar, comprendió en aquel momento por qué su hermana se había asustado tanto. Durante unos segundos, evidentemente, creyó encontrarse ante una muerta.

Y comprendió también que la recién llegada debía tratarse de una antigua amiga, probablemente una exactriz. A juzgar por el nombre que le había dado —el de Inger— debía ser alemana o sueca.

Su acento parecía sueco.

Entraron las dos, y la expresión de Ketty cambió completamente. Desaparecida su primera reacción de miedo, aquella visita pareció rejuvenecerla, como si la volviera a los tiempos en que ella era una actriz de la pantalla. Besó también a su amiga y la hizo entrar.

—Pasa, Inger, pasa. ¿Cómo so te ha ocurrido venir a París?

—Añoraba todo esto... He estado dos años fuera, ¿sabes? Efectivamente tuve un accidente y se me dio por muerta, pero conseguí reponerme. Ahora sentía necesidad de ver los sitios donde viví en aquel tiempo.

Mientras entraba, sus ojos fríos, profundos, se clavaron silenciosamente en la figura de Alma.

Ketty lo advirtió.

—Es mi hermana —dijo—, o más exactamente mi hermanastra. Ha venido hace poco de Persia, donde vivía en compañía de papá.

Y añadió roncamente:

—Inger fue una gran actriz, Alma. Una magnífica actriz de los buenos tiempos del cine. Ella me conoce bien y sabe que yo también fui una triunfadora.

Alma susurró dulcemente:

—Nadie ha dicho que tú no fueses una triunfadora, Ketty. Lo que me sorprende es no haber visto jamás una de tus películas.

—¡Porque no vivías en Francia!

—Cierto. Rodaba por el mundo en compañía de papá, pero...

—¡Papá y tú jamás entendisteis de cine, jamás entendisteis de arte. ¡No eres más que una!...

Ketty se dio cuenta de que su amiga Inger la miraba con silencioso reproche y comprendió de pronto que estaba perdiendo otra vez el dominio de sus nervios. Fue lo bastante inteligente, a pesar de su exaltación, para saber que estaba haciendo el ridículo. Comprendió también que, si quería hacer los honores a su amiga, lo que necesitaba era alejarse por unas horas de aquella casa.

—¿Quieres perdonarme, Inger? —susurró—. Estoy algo nerviosa. ¿Por qué no me permites que te invite a cenar?

—Tendré mucho gusto. Yo os ayudaré a preparar las cosas.

—No, aquí no. Fuera. Será mucho mejor, ¿sabes? Nos divertiremos recordando los buenos tiempos.

—Pero...

Alma dijo suavemente:

—Váyanse... Será mejor.

Antes de que Inger pudiera tomar decisión alguna, Ketty ya había retirado un abrigo de su ropero inmediato al *hall* y se lo había puesto sobre los hombros. Salieron las dos, y Ketty dio un portazo.

Alma se quedó quieta, mirando hacia la hoja de madera como una alucinada, como si todo aquello no fuese real, como si estuviera sufriendo una pesadilla.

Por fin reaccionó.

Estaba sola en la casa, y por tanto estaba tranquila. Ningún peligro inmediato parecía amenazarla.

Las ventanas seguían proyectando aquella luz misteriosa, los viejos muebles hacían destacar en la penumbra sus relieves inquietantes y el silencio la envolvía como un sudario, pero al menos Ketty no estaba allí. Al menos Alma sabía que Ketty no podía golpearla, que no podía turbarla.

Hizo avanzar su silla de ruedas a través del *hall* penumbroso hasta encontrarse, casi sin saber cómo, ante el gran aparato de televisión que su hermana poseía como único lujo de importancia.

¿Y por qué no distraerse? ¿Por qué no intentar que el programa aliviara la tensión espantosa de sus nervios?

Movió la palanqueta de conexión. Al cabo de unos instantes la pantalla empezó a iluminarse, mientras se expandía por la habitación una música macabra que parecía envolverlo todo en una atmósfera alucinante.

Alma quedó quieta, sobrecogida, paralizada, como un ratoncillo apresado en una trampa.

Se daba cuenta de que lo que se proyectaba por la televisión a aquella hora era una película de terror y que eso era lo que menos convenía a la alteración de sus nervios.

Sintió deseos de cortar la conexión, pero no pudo, la música parecía atraerla, envolverla. Era como un maleficio que la paralizase. Sentía como si estando quieta se defendiera de su propio miedo.

La pantalla se iluminó del todo y en ella aparecieron con claridad las imágenes.

Era, en efecto, una película de terror. Una película que, como todas las que se proyectaban por televisión, debía ser antigua.

Alma quedó sobrecogida, anonadada, mirándola.

La escena tenía lugar en un castillo de Baviera habilitado como pabellón de reposo para mujeres enfermas, y en él sucedían cosas alucinantes. Una figura completamente vestida de negro se paseaba por los interminables pasillos cuando se elevaba la luna. De aquella figura solo se veían los ojos, unos ojos profundos, inquietantes, espantosamente negros.

Alma apenas vio nada de aquella película.

Sólo tenía ojos para la figura, para aquella imagen alucinante que avanzaba a través de los pasillos interminables, buscando su víctima. Y su víctima siempre era alguna mujer sola que, desde la ventana de su habitación, espiaba la luna.

Aquel castillo constaba, al parecer, de grandes dormitorios comunes y de algunos dormitorios individuales en los que la imagen negra entraba de repente, lanzando un chillido gutural y abalanzándose sobre su víctima, que nunca tenía tiempo de defenderse.

A pesar de sus imágenes ya diluidas, porque la película era muy vieja,

la sensación de terror que se desprendía de todo aquello resultaba alucinante, la música parecía haber sido compuesta por el mismo diablo. Los decorados del castillo eran fantasmales.

Alma no se dio cuenta de que estaba allí quieta, anonadada, hasta que la película tocó a su fin.

Miró entonces su reloj de pulsera. Había transcurrido hora y media desde que ella se sentó ante el televisor.

Y su hermana Ketty aún no había regresado.

La casa tenía ese aspecto vacío, desolado, turbador, de las viejas tumbas a las que nadie acude ya a depositar flores.

Un poco más allá rodaba el tráfico intensísimo de la Avenue Foch, pero los mil sonidos de los coches no atravesaban las espesas cortinas y las recias ventanas que durante años nadie había abierto.

Alma notó que le temblaban las manos.

Estaba nerviosa, tan nerviosa que comprendió debía tomar un calmante para poder conciliar el sueño.

Fue a su dormitorio, valiéndose siempre de la silla de ruedas, tomó un maletín y extrajo de él un tubito con pastillas de luminal. Sabía que, tomándolas en exceso, podían constituir un veneno, y por eso se las administraba siempre con mucha prudencia.

En esta ocasión tomó media pastilla disuelta en un vaso de agua.

Sabía que así iba a poder dormir.

Se desnudó sin moverse de la silla, valiéndose de la notable habilidad que ya había adquirido después del accidente, y luego se tendió en la cama, apagando la luz.

Quiso cerrar los ojos, pero era peor. A su mente acudían entonces las imágenes de la película, y sobre todo la imagen negra que se movía por los corredores del castillo, tan semejantes a los corredores de la casa donde ella estaba ahora.

Por tanto abrió los ojos.

Vio la habitación, siniestra y vieja, iluminada por los resplandores de la Avenue Foch y por la luz de la luna llena.

Y vio la puerta, que estaba frente a la cama. La puerta cuyo pomo iba girando lentamente, como si alguien, desde el otro lado, se dispusiese a abrirla.

OCHO

Alma intentó cerrar los ojos nuevamente.

Se dijo que había empezado ya a soñar despierta, lo cual era lo peor que le podía ocurrir. No era posible que el pomo de la puerta se moviese. Debía ser un reflejo de la luz de la luna.

Pero de pronto abrió los ojos otra vez, dilatándolos con espanto.

Porque acababa de oír un chasquido.

¡Un chasquido causado por la puerta!

Se medio incorporó bruscamente, y entonces pudo ver que, en efecto, la puerta estaba abierta del todo. Se divisaba un pedazo del pasillo, alumbrado por la luz de la luna. Y de pronto de divisó algo más.

Una figura completamente vestida de negro, de la que solo era posible distinguir los ojos, unos ojos profundos, quietos, terriblemente negros, que la miraban con fulgor satánico.

¡Era la misma imagen de la película!

Durante unos segundos dramáticos, angustiosamente largos, Alma aún creyó que estaba soñando, y se mantuvo muy quieta, mirando la figura como si esta fuera algo irreal.

Pero cuando ésta avanzó lanzando un chillido, el mismo chillido horrible de la película, Alma ya no tuvo duda alguna.

Sintió que se le cortaba la respiración, que los ojos se le desencajaban y de pronto quedó rígida sobre las almohadas.

Espantosamente rígida.

* * *

Cuando recobró el conocimiento, no supo si muy pronto o muy tarde, aún tenía aquella sensación de horror como atenazándole el corazón. Y sus manos vacilantes palparon las sábanas como si desearan convencerse de

que no estaba ya en el otro mundo.

Pero no. Seguía estando en su cama.

Fue unos segundos después de abrir los ojos cuando pudo ir precisando las imágenes. Y entonces... ¡entonces vio que, efectivamente, una figura negra estaba junto a ella!

Fue a gritar otra vez, sintiendo una terrible sacudida nerviosa, pero entonces tuvo una brutal y al mismo tiempo sencillísima sorpresa. Porque aquella figura negra empezó a quitarse los mantos que la cubrían, y debajo apareció su hermana Ketty.

Ketty, cuyos ojos hermosísimos, profundos y siniestros brillaban extrañamente a la luz de la luna.

Ketty, que de pronto lanzó una ronca carcajada.

—¿Pero qué pensabas, estúpida? —gritó—. ¿Crees que aún existen los fantasmas? ¿No te has dado cuenta de que era yo?

La voz de Alma fue como un gemido.

—He visto una película...

—¿Una película? ¿Qué película?

—En la televisión...

Las facciones de Ketty se volvieron de pronto de un raro color terroso. Luego se echó a reír a carcajadas roncadas, ásperas, como si estuviera muy satisfecha de sí misma. Alma creyó adivinar que su hermana había bebido y que estaba casi al borde de la borrachera. «En ese estado quizá hará cosas que no hubiera hecho nunca» —se dijo.

Su hermana suspiró:

—De modo que la televisión está proyectando otra vez aquellas viejas películas...

—Esta noche la he visto. La protagonista... era... como tú...

De pronto Alma llevó las manos a su boca y se quedó helada, lívida, mientras la recorría poco a poco un estremecimiento.

—Ketty... No me digas una cosa.

—¿Qué es lo que no he de decirte, estúpida?

—No me digas que tú eras la protagonista de esa serie de películas de terror.

Ketty lanzó otra carcajada ronca, espesa, y aunque aquella carcajada quiso ser burlona se adivinaba que Ketty se sentía en aquellos momentos muy satisfecha de sí misma.

—¡Claro que fui la protagonista! —dijo bruscamente, cuando cesó su carcajada—. En aquellos años cuando verdaderamente se hacía buen cine, no había en todo Francia y Alemania, ¡fíjate bien! en todo Francia y Alemania, una artista especializada en films de terror que estuviera tan solicitada como yo. Y te hablo de los buenos años de Fitz Lang y de Eric Von Stroheim, cuando todavía Rene Clair no había adquirido su inmensa fama. ¡Cuando se hacía cine solo a base de arte y no a base de millones,

como se hace ahora! Tú no habrás visto «Metrópolis», ¿verdad? Ni habrás visto «Nosferatu»! ¡Porque «Nosferatu» sí que era un auténtico film de terror! ¡Y en ese cine difícil fue donde adquirió nombre tu hermana, Ketty Debré! ¡Ya se dará cuenta la gente, ya, de quién es una verdadera artista! ¿Dices que han dado ese film por la televisión?

Alma sentía que se abogaba. A cada frase, Ketty, que estaba cerca de ella, le enviaba una vaharada de *whisky*.

Sin duda había bebido mucho.

Pero distaba de estar borracha, y dentro de su exaltación había un orden lógico en todo lo que decía.

Alma susurró:

—Sí... Lo han dado por televisión.

—Entonces sin duda proyectarán toda la serie de mis películas. ¡Tendré que visitar a esos caballeros de la televisión exigiendo mis derechos! ¡Sin duda que en el precio de la venta ha de haber un porcentaje para los actores! ¡Pues no faltaría más! Pero no es eso lo más importante. Lo que interesa es la nueva fama que esto va a darme. ¿Es que no te das cuenta? ¿Tan loca eres que no llegas a ver que esto es una especie de resurrección para mí?

Alma dijo sin fuerzas:

—Sí, me doy cuenta.

—¡Volveré ser famosa, volveré a ser la que siempre fui! ¡Los productores más poderosos del cine francés se humillarán a mis plantas!

Alma suplicó:

—Por Dios, Ketty, no te exaltes.

Ketty se volvió bruscamente, con la boca torcida.

—¿Cómo...?

—Digo que esperes a ver qué sucede y no adelantes los hechos.

—Tú estás contra mí, ¿verdad, maldita?

—Por Dios, ¿cómo voy a estar contra ti?

—Tú misma demuestras con tus hechos que soy una gran artista. He querido gastarte una broma inocente al volver a casa y he estado a punto de matarte.

La idea pareció divertida. Lanzó otra carcajada ronca, mientras miraba a su hermana con ojos llorosos, a causa de la hilaridad.

—¡He estado a punto de matarte! —repitió— ¡Tú misma has demostrado que soy una gran artista!

Alma había ido recobrando poco a poco la serenidad. Dijo desmayadamente:

—Oye, Ketty...

—¿Qué?

—Papá y yo sabíamos que eras estrella de cine. Sabíamos que protagonizabas muchas películas en Francia, y sin embargo, jamás nos

enviaste una foto tuya, jamás pudimos ver qué clase de papeles eran los que tú hacías. Ahora lo comprendo todo. En realidad eras protagonista de películas de horror, ¿verdad? Y quizá te daba vergüenza decirlo.

Ketty volvió bruscamente la cabeza hacia ella y la miró con ojos inyectados en sangre.

—¿Vergüenza? ¿Por qué?

—No sé... Quizá tú pensaste que las películas de horror no eran de tanta categoría...

—¡Estás loca! ¡Los papeles de terror son los más difíciles, y la gente paga por verlos y forma largas colas cuando actúan sus artistas preferidos! La gente paga por vivir durante hora y media UN DELICIOSO TERROR. ¡Y yo fui la que más destacó, la que más lejos consiguió llegar en esa rama del arte! ¿Vas tú a ponerlo en duda? ¿Por qué?

Su última pregunta era más bien una acusación. Alma se estremeció levemente.

—Yo no he puesto en entredicho nada, Ketty.

—Parece como si tu dudara de que soy una gran artista.

—Evidentemente lo has sido, Ketty.

—Lo *he sido*. Eso es lo que quieres decir, ¿verdad? Que ahora soy una ruina.

—¡Por Dios, Ketty! ¿Por qué hablamos de eso? ¡Tú sabes perfectamente que otra vez puedes volver a ser famosa!

—¡Y lo seré!

—¡Cielo santo! Pienso si... si te habrás vuelto loca.

Inmediatamente Alma comprendió que jamás debió haber dicho aquella frase. El rostro de su hermana se alteró. Los restos de bondad, o de simple vanidad, que aún pudiera haber en ella, desaparecieron para dejar paso a un odio implacable, metálico y frío.

—¡Eres canallesca! —gritó.

—Perdona, Ketty, no debí...

—¡Lo que no debiste es haber nacido!

La frase hirió como un latigazo el rostro de Alma, no por lo que significaba en sí sino por la oculta referencia a su padre, al cual Ketty no había perdonado jamás su segunda boda.

—Tú y yo somos incompatibles —dijo con frialdad—. Me estoy dando cuenta de eso, Ketty. Y será mejor que me vaya.

—¡Estúpida!

—¿Lo dices burlonamente, Ketty? ¿Es que puedes tú impedirme que yo me vaya de esta casa cuando quiera?

—¿Y adonde irías tú, cochina paralítica?

Alma cerró un momento los ojos ante aquel nuevo insulto. En efecto, ¿adónde iría ella? ¿Dónde podría esconder su dolor? Por un momento atravesó su cráneo el recuerdo de Josiah Lambert, el hombre que la había

traído hasta allí en la silla de ruedas, pero inmediatamente tuvo que rechazar la idea. Ni tan siquiera sabía dónde podía vivir Lambert. No tenía idea de dónde encontrarlo en el inmenso París.

No, ella no podía ir a ninguna parte, pero no quiso dar su brazo a torcer. No quiso declararse vencida.

—Tengo algún dinero —susurró.

—¿Algún dinero?... ¡Imbécil! ¡Tú harás lo que yo quiera!

Alma intentó salir del lecho para sujetarse a su silla de ruedas, pero cuando ya iba a conseguirlo, su hermana apartó el mueble de un brusco puntapié. Alma no pudo sujetarse a los brazos de la silla ni recuperar el equilibrio. Cayó pesadamente a tierra.

Ketty lanzó una nueva carcajada, mientras de otro puntapié enviaba la silla bien lejos, al otro lado de la pieza.

—¡Vete arrastrándote! —escupió—. Crees que saldrás de aquí, ¿verdad? Crees que eres libre... ¡Pues yo te demostraré que no! ¡Yo te demostraré que no eres más que una pobre paralítica indeseable y estúpida!

Salió de la habitación y cerró la puerta con llave. Alma sabía que las ventanas de aquella habitación, como todas las de la planta baja, tenían rejas para evitar la entrada de ladrones. Y ahora aquellas rejas la convertían a ella en una prisionera.

Fue arrastrándose hasta la silla y cuando llegó a ella su garganta estalló en sollozos.

NUEVE

Estaba quieto ante la casa. Estaba convertido en una sombra más de las que poblaban la noche. Su silueta negra parecía flotar entre la bruma como algo irreal, como una imagen de pesadilla.

Y sin embargo, visto de cerca, aquel hombre no tenía nada de macabro.

Josiah Lambert más bien resultaba un tipo deportivo, al que muchas mujeres hubiesen mirado con insistencia. Pero no había mujeres a aquella hora en la Avenue du Marechal Foch.

Josiah consultó su reloj.

Las tres de la madrugada.

Arrugó el ceño y miró hacia la verja, la alta verja donde parecía comenzar la frontera de otro mundo.

¿Por qué diablos estaba allí? ¿Qué había ido a buscar?

El mismo no hubiera sabido contestarse.

Pasó rápidamente del andén central de la avenida al andén lateral y se pegó a la verja, empujando la puerta. Cosa rara, ésta se hallaba cerrada, cuando creía recordar haberla encontrado abierta al acompañar a Alma allí unos días antes. De todos modos —se dijo— esto tampoco tenía nada de extraordinario. Eras las tres y media de la madrugada, y probablemente la dueña de la casa cerraba la cancela durante las noches.

Movido por un impulso que en aquel momento no quiso explicarse, Josiah Lambert calculó de una ojeada la altura de la verja.

Y el cálculo le llevó a la convicción de que podía saltarla con cierta facilidad, siempre y cuando nadie le viese hacerlo.

Dirigió una rápida mirada en torno suyo y observó que nadie circulaba por las cercanías. Mucho menos un gendarme. De modo que tomó impulso, se asió a la parte superior de la verja y, contorsionando todo el cuerpo con agilidad de atleta, pasó al otro lado en cuestión de segundos.

Silencio.

La espesa capa de hojas que cubría el jardín había amortiguado el

rumor de su caída.

Sólo con saltar aquella verja se tenía la sensación de haber penetrado en otro mundo, de haber dejado muy lejos la alegría y el aire ciudadano de París, hundiéndose en una sima donde el tiempo cambiaba de significado.

Como si bruscamente uno cambiase de siglo, saltando hacia el ambiente y los personajes de 1890.

Porque así era la casa. Porque así era todo lo que parecía rodear a ésta.

Bruscamente algo disipó los pensamientos de Josiah Lambert.

Alguien le llamaba.

—¡Chist!...

Josiah vio la figura blanca que parecía pegada a los barrotes de una de las ventanas de la planta baja.

—¡Alma!

Se acercó silenciosamente, como un gato. Era extraña aquella facultad de Josiah Lambert para moverse como una sombra, para atravesar todos los lugares sin levantar el menor ruido.

Alma jadeaba como si acabara de hacer un gran esfuerzo.

—Me ha sido difícilísimo abrir esta ventana —susurró—. Parecía no haber sido movida... en muchos años...

—¿Pero qué haces aquí?

Se tuteaban sin darse cuenta, movidos por el clima misterioso que se había formado en torno suyo. Alma susurró:

—Me ha encerrado mi hermana.

—¿Qué... te ha encerrado?

—Sí. Hemos tenido una discusión. Una discusión estúpida, después de todo, pero que ha alterado sus nervios. Yo creo que está algo loca, Josiah— ... Puede llegar a ser peligrosa. Me ha encerrado aquí cuando le he dicho que era muy capaz de marcharme de la casa.

—Eso es absurdo!

—Ya te he dicho que está algo loca.

—¿Y qué piensas hacer?

—Estaba desesperada cuando has llegado tú. Me he dado cuenta de que nadie podía oírme a través de esa verja. Es como si aquí estuviera en otro mundo. Ni siquiera puedo enviar al otro lado una bola de papel con un mensaje.

—Pero es absurdo... Nadie puede retenerte, aquí en contra de tu voluntad.

Josiah dijo aquello, pero en el momento de decirlo se dio cuenta ya de que todo era posible en aquel mundo en el cual se hallaban sumergidos los dos. Nada de lo que es normal en el ambiente exterior le era una vez atravesada aquella verja. Cualquier cosa por absurda u horrible que fuese, podía ocurrir allí.

Josiah Lambert se dio cuenta de eso.

—Claro que es absurdo —susurró ella, siguiendo el hilo de sus pensamientos—, pero no podía confiar en nadie y tenía que resignarme. Ahora que has llegado tú, todo será distinto. Tienes que avisar a la policía.

Josiah se mordió los labios.

—La... policía.

—¿Es que no puedes?

—Claro que puedo —susurró Josiah, tras morderse nerviosamente los labios otra vez—, ¿pero no crees que eso sería envolver innecesariamente a tu hermana en un asunto feo? Al fin y al cabo ha tenido un arrebato de nervios, y eso es todo. No hay por qué llamar a la policía. ¿Sabes? Se me ocurre algo muchísimo mejor.

—¿Qué?

—Yo entro y te saco de tu habitación.

Alma contuvo el aliento.

—¿Crees que vas a poder?

—¿Y por qué no?

—Ketty puede estar vigilando.

—Ketty no es problema para mí. Se trata simplemente de una vieja medio loca.

—Pero es peligrosa.

Josiah hizo un gesto con ambas manos, como dando por terminada la conversación.

—No te preocupes. Voy a hacer lo que te digo. Te sacaré de aquí enseguida, maldita sea. Y deja ya de pensar en esa chiflada de Ketty.

Josiah Lambert y Alma Debré estaban muy lejos de sospechar que Ketty en aquellos momentos, desde una ventana contigua, les estaba escuchando con una extraña sonrisa en los labios.

* * *

Alma susurró:

—¿Cómo vas a conseguirlo? ¿Cómo abrirás la puerta? Estas cerraduras antiguas suelen ser de una solidez a toda prueba.

—Conseguiré una palanqueta.

—¿De qué modo?

—Es muy sencillo —dijo Josiah—. Hay docenas de coches estacionados apenas a quince metros, ninguno de los cuales tiene la puerta cerrada. En el saco de herramientas de cualquiera de ellos puedo encontrar lo que busco.

Alma suspiró:

—Parece que tienes recursos para todo.

—Al menos para abrir una puerta puedo asegurarte que los tengo. Eso

sí.

Le estrechó la mano a través de los barrotes y musitó:

—Espérame. No tardaré ni cinco minutos.

Otra vez como un gato, como una sombra, se deslizó a través del jardín en penumbra. Alma se extrañó de aquella agilidad felina del hombre, que no supo definir si era maravillosa o si era siniestra. Bruscamente lo vio saltar y desaparecer.

Fue como una sombra que se desvanece.

Josiah, tuvo la suerte de no encontrar tampoco a ningún transeúnte esta vez. Pasó al andén central de la avenida, donde centenares de coches dormían mucho más tranquilos que sus dueños.

Se acercó a un «Fiat». Los «Fiat» suelen llevar un buen saco de herramientas. Habría allí algo que pudiera hacer servir como palanqueta y forzar la puerta.

Abrir el portaequipajes no le significó ningún problema, porque bastaba con un cortaplumas. Una vez conseguido esto, se apoderó del saco de herramientas y volvió a cerrar.

Fue entonces cuando oyó aquel silbato al otro lado de la avenida. El silbato de un gendarme.

Lanzó una maldición en voz baja.

Bueno, las cosas empezaban a ponerse mal. Le habían visto a distancia mientras manipulaba en el coche, y pensaban que era un ladrón.

Claro que el gendarme todavía se encontraba a unos cincuenta metros. Josiah comprendió que tenía tiempo más que suficiente para escapar.

Saltó al andén lateral, y en aquel momento algo le cegó. Fue como si un rayo cayera sobre él. Lanzó un grito ronco y su cabeza chocó contra el pavimento.

Apenas un segundo después había perdido el sentido.

Fue precisamente en ese momento cuando Alma contuvo un gemido de horror al comprobar qué, tras ella, la puerta de su habitación se abría silenciosamente.

DIEZ

Josiah Lambert estuvo apenas unos segundos sin conocimiento. Justo los suficientes para que el coche frenara.

Después del impacto contra el bordillo de la acera, su cerebro reaccionó velozmente a pesar del dolor. Se dio cuenta de que le había arrollado un automóvil, y que lo que él tomó por un rayo cayendo bruscamente sobre su cabeza había, sido simplemente el choque del haz de luz de los faros. En unas fracciones de segundo se dio cuenta también de que podía ponerse en pie, pero al hacerlo le falló una rodilla.

Seguramente no se la había roto, porque podía moverse. Pero se había dado un golpe tal que debería arrastrar aquella pierna quizá durante varios días. Igual le ocurría con el codo derecho.

Bruscamente, en solo unos segundos, había pasado de ser un hombre ágil a ser una especie de inválido que no podía sostener una pelea con nadie.

Pero lo peor era lo del silbato. Aquel maldito silbato del policía que había vuelto a dejarse oír.

El conductor del coche, que debía estar medio borracho, saltó a tierra.

—¡Eh, oiga! ¡Usted! ¿Le he hecho daño? ¿No se ha dado cuenta de que le avisaba con los faros? ¡Le he avisado con los faros, amigo!

Pero Josiah, medio a trompicones, ya corría hacia la verja, situada a unos cincuenta metros de allí. Consiguió ampararse en las sombras y en la caja de un camión aparcado que cerraba casi toda la visibilidad. El silbato volvió a oírse más cerca.

Reuniendo todas sus fuerzas, y mientras sostenía a bolsa de herramientas con los dientes, se sujetó con ambas manos a lo alto de la verja. Y aunque todos los músculos le dolían, consiguió encaramar el resto del cuerpo.

El policía consiguió llegar hasta el conductor medio borracho.

—¿Qué es lo que ha ocurrido? ¿Ha llegado a ver bien a ese hombre?

—¡Yo no tengo la culpa! ¡Yo le avisaba con los faros! ¡Yo no tengo la culpa, *monsieur*!

—Le pregunto si ha visto qué clase de tipo era.

—No sé... Un tipo grandullón, diría yo. Y fuerte. ¡Mire cómo me ha abollado el coche! ¡Y eso que yo le estaba avisando con los faros! ¡Le estaba avisando con los faros desde que he tomado la recta!

No parecía ser aquello lo que preocupaba al gendarme. Musitó:

—¿Se ha dado cuenta de hacia dónde huía?

—¿Huir?

—Era un ladrón.

El del automóvil debió ver el cielo abierto.

—De modo que yo no tengo la culpa... —balbució—. ¡Ha sido él quien se ha metido bajo las ruedas del mi coche!

—Eso no tiene importancia ahora —dijo el gendarme—. Seguro que no lo ha matado. No es eso lo que me preocupa.

Se acercó al bordillo y levantó con dos dedos el largo cuchillo que brillaba a la luz plateada de la luna.

—Se le ha perdido al sujeto ese... —farfulló.

Y se puso a mirarlo cuidadosamente.

* * *

Mientras tanto, la puerta se había abierto a espaldas de Alma. Una silueta negra había flotado hasta ella, avanzando a través del aire igual que avanzaban las sombras durante los sueños.

Una mano pequeña, dura, que parecía estar formada por articulaciones metálicas, cayó de pronto sobre el cuello de Alma.

—¡Ven aquí, maldita!

Alma se volvió de pronto, lanzando un gemido, pero no pudo evitar el ataque de aquella pequeña zarpa. Quiso ponerse en pie y cayó rodando por tierra. Su hermana, que volvía a vestir igual que en la vieja película de horror, la arrastró por los cabellos a través del embaldosado.

—¡Yo te enseñaré, condenada! ¡Yo te enseñaré a pedir auxilio a los granujas en contra de tu hermana! ¡Nunca más volverás a hablar con nadie! ¡Nunca!

Alma sollozó, se debatió, pero fue inútil. Tuvo la confusa y espantosa sensación de que una fuerza invencible la arrastraba, de que la manejaba como un juguete. *El olor que sentía en los cabellos se hizo irresistible cuando Ketty empezó a subirla por las escaleras, y entonces perdió el conocimiento.* No volvió a recobrarlo hasta que estuvieron ya en el piso superior, hasta que su cuerpo entero dolió como una llaga.

Fue levantada a plomo y luego arrojada al suelo, sobre unas losas frías,

y unos segundos después se cerraba a sus espaldas una puerta.

Alma se dio cuenta de que había vuelto a quedar sola. Y como había dicho Ketty, sola para siempre.

ONCE

El jefe del Departamento de Balística de la Sûreté, que era al mismo tiempo un experto en heridas con arma blanca, contempló el largo puñal y lo comparó con una serie de dibujos, croquis y fotografías que estaban desparramados sobre la mesa de su despacho.

El gendarme también lo miraba con atención.

Los ojos de los dos hombres parecían hipnotizados por el brillo mate de aquel cuchillo.

Al fin el experto musitó:

—Ha sido una suerte.

—¿Una suerte por qué, señor?

—Casualmente acababa de llegar este material de Marsella para su archivo en la Sección Central. Véalo. Detalles en croquis de la profundidad de la herida y fotos —horribles fotos— de la garganta seccionada. También hay unos dibujos-robot del arma que causó la herida. Absolutamente todo coincide con el cuchillo que tengo entre las manos.

El gendarme se creyó en la cortés obligación de mostrarse un poco tonto.

—¿A qué heridas se refiere, señor? ¿Qué crimen?

—Hace muy pocos días —explicó pacientemente el experto— cierta mujer fue asesinada en un hotel de Marsella. Se trataba de una mujer que había ido a parar allí no se sabía por qué, que no tenía amigos ni enemigos, que no era pobre ni rica, que no era ni demasiado guapa ni demasiado fea. Para seguir en esta línea, puede decirse que no era ni soltera ni casada, porque por las noticias que tengo había sido la «amiga» de un par de hombres de negocios. —Se encogió de hombros suavemente—. *Mon Dieu* ¡Si a todas las mujeres que son «amigas» de alguien se las asesinase, pronto algunas ciudades de nuestro hermoso país quedarían casi sin hembras! Pero a lo que iba. No parecían existir motivos para que esa mujer desapareciese del mundo de los vivos sin despedirse de nadie.

Fueron interrogados el par de palomos que habían tenido relación con ella, y al parecer habían roto ya todo contacto. Un crimen inexplicable, del que se había perdido hasta el rastro del arma homicida. Pero creo que ya la tengo entre las manos.

Se puso en pie y preguntó:

—¿Dónde la ha encontrado?

—En la Avenue Foch. Exactamente aquí.

El gendarme señaló sin vacilar un punto en el gran plano de París que estaba colgado detrás de la mesa.

—¿Puede describirme al hombre que huía?

—Apenas le vi. Alto, más bien delgado, con pinta de ser muy fuerte y con cierto parecido al tipo ese de las películas, a Charlton Heston. Vestía gabardina clara y debe estar herido. Para mí que el coche le dio un buen tortazo.

—Habrá que extraer las huellas dactilares del coche donde robó.

El gendarme emitió una risita.

—Ya me he anticipado a dar parte al Departamento de Huellas, señor. Uno va aprendiendo cositas a fuerza de estar con ustedes.

Dejó una pausa para producir más efecto y susurró:

—¿No se ha cometido en mi demarcación un crimen muy parecido hace unas horas?

—Sí —afirmó pensativamente el experto—, y también la víctima es una mujer de vida algo dudosa. Otro crimen aparentemente sin motivos que pudo haber sido cometido por la misma mano. Pero, desde luego, empleando otra clase de cuchillo. El que han usado en esta ocasión es más corto y ancho; no tan largo y bien dibujado como éste.

El experto hablaba de las líneas del cuchillo con el mismo entusiasmo que el gendarme hubiera puesto al hablar de las líneas de una mujer.

En aquel momento, a pesar de lo avanzado de la hora, entró el comisario principal Dornier.

Gruñó:

—Ya he leído el atestado —y levantó la palanquita del dictáfono para transmitir sus órdenes—. Necesito a ese tipo, ¿entienden? Es un asesino peligroso y quiero que criben todo el barrio. ¿Me oye, Philip?

Una voz adormilada contestó al otro lado de la conexión:

—Sí, *monsieur*. ¿Cómo no, *monsieur*?

El comisario principal aulló:

—¡Pues, búsquelo, *monsieur*! ¡Donde sea! Despierte aunque sea el *monsieur* de su padre!

Y corló la conexión.

Mientras tanto, el hombre de quien con tanto entusiasmo se estaba ocupando la policía de París, avanzaba silenciosamente por el abandonado jardín hasta la entrada de la casa.

La alfombra de hojas secas seguía ahogando sus pasos, las sombras seguían protegiendo su avance.

Llegó junto a la puerta y extrajo un largo y delgado destornillador de la funda de herramientas.

Trabajaba hábilmente, con serenidad, a pesar de que apenas podía tenerse en pie.

De pronto sonó un chasquido.

La cerradura, que era de un modelo muy ingenuo, cedió.

Las sombras del interior salieron a recibir a Josiah Lambert. Igual que antes, con el silencio de un gato, se movía por el vestíbulo. Veía los contornos de los muebles a la luz de la luna y veía también brillar siniestramente los pomos de las puertas, pero nada más. El resto pertenecía al reino espeso de las sombras.

De pronto creyó notar que algo se movía a su espalda.

No precisamente en el vestíbulo, sino más allá, en el jardín, detrás de la puerta que él había dejado entornada.

Josiah Lambert se detuvo, mientras un sudor helado formaba pequeñas gotitas en sus sienes.

El rumor se reprodujo.

Josiah se pegó a un costado de la puerta, hundido en las tinieblas, y entonces vio a la persona que había producido aquellos suavísimos ruidos.

Se trataba de un gendarme.

Un tipo de media edad, más bien grueso, con el *kepis* calado hasta los ojos y la media capa flotando en la oscuridad, como la de un vampiro. Ese fue el que entró en el vestíbulo silenciosamente.

«*Estarán investigando por toda la zona... —pensó febrilmente Josiah—. Quizá se han dado cuenta de que yo desaparecía por aquí y son capaces de registrar casa por casa...*»

Así debía ser.

El gendarme bisbiseó:

—Oiga... Oiga...

Sin duda llamaba a la dueña de la casa.

Y otra vez Josiah Lambert tuvo uno de sus movimientos de gato, uno de aquellos gestos con que parecía avanzar flotando entre las tinieblas. Apenas el gendarme había entrado, él se deslizó hacia la puerta y salió.

Sabía perfectamente que no le buscaban por el robo del coche. Por eso solo, ningún gendarme salta una verja. Por el contrario, se había dado cuenta ya de haber perdido su cuchillo, y sabía que incluso era posible que se hubieran hecho ya algunas averiguaciones. Él había estado mucho rato quieto en el jardín, dándose masaje en la pierna e intentando mitigar sus

dolores. En ese tiempo la policía podía haber hecho muchas cosas.

Una vez fuera Josiah Lambert comprendió que le sería muy difícil saltar de nuevo la verja que daba a la Avenue Foch.

Pero el jardín era grande, descuidado y oscuro. Josiah comprendió que podría ocultarse perfectamente en él incluso hasta después del amanecer. No le encontrarían a menos que le buscaran con la ayuda de perros.

Dejó de oír al gendarme.

Este, con la ayuda de una linterna, había ido avanzando hacia las escaleras que llevaban al piso superior. El disco de luz se proyectaba sobre muebles viejos, suciedad, polvo. Se proyectaba también sobre una alfombra que trepaba por los peldaños y parecía elevarse hasta el infinito.

El gendarme estaba seguro de que el hombre a quién buscaban había penetrado allí.

Empezó a subir las escaleras, mientras hacía oscilar delante suyo el disco de luz de la linterna.

Y aquel disco de luz se proyectó sobre la barandilla ya casi oxidada, sobre los fríos mármoles, sobre grandes telarañas que parecían acechar desde allí el paso de los años.

Hasta que de repente se proyectó también sobre algo más.

Sobre la falda de una mujer.

Una falda larga, antigua.

Una de esas faldas que el gendarme solo recordaba haber visto en las películas y en los viejos museos de París.

Fue a elevar el disco de luz, y entonces vio el puñal. Vio el rebrillo siniestro del arma blanca que se abatía sobre su cabeza.

Fue a gritar, pero no pudo.

Sólo emitió una especie de soplo, una especie de «Nooo...»

Y el puñal se hundió dos veces en su garganta, silenciosamente, suavemente, tenebrosamente...

Como una caricia.

DOCE

Josiah Lambert sintió que la pierna le dolía, que le dolía horriblemente, pero al mismo tiempo comprendió que no podía seguir quieto allí indefinidamente.

Si los músculos se le agarrotaban, iba a ser muchísimo peor.

Desde su escondite no podía ver la puerta de la casa, y por tanto no podía saber si el gendarme se había marchado ya o no. Pero lo más probable era que hubiese salido, después de no encontrar nada. Habían transcurrido ya tres cuartos de hora desde que Josiah tuvo que ocultarse.

No había visto encenderse ninguna luz, y por lo demás todo era silencio.

Un silencio espeso, pegajoso, que parecía formar parte del aire mismo.

Por fin Josiah se decidió.

Si el gendarme no había encontrado a Alma, él debía hallarla.

Avanzó cautelosamente hasta llegar de nuevo a la puerta de la casa. Los dolores se le habían reproducido y ahora eran sencillamente horribles, pues seguramente debía tener astillado algún hueso. Pero a pesar de todo decidió seguir.

No le extrañó encontrar la puerta entornada, poca más o menos como la había dejado él.

Entró.

Los mismos relieves tétricos de los viejos muebles, las mismas alfombras desgastadas por dónde parecía haber pasado una generación de muertos, las mismas ventanas por las que penetraba la luz fantasmal de la luna.

Y el silencio.

El silencio que lo envolvía todo, que se pegaba a los objetos como una cosa viva.

Josiah encontró una linterna caída en el suelo, al pie de la escalera.

Miró en torno suyo.

¿Quién podía haberla perdido? ¿El policía?

Era absurdo.

Pero de todos modos la linterna estaba allí, fuese por lo que fuese, y Josiah pensó que podía resultarle útil.

El disco de luz se proyectó sobre la vieja barandilla, sobre los mármoles y sobre los peldaños.

Fue entonces cuando los párpados de Josiah Lambert sufrieron como una sacudida.

Al principio no supo bien por qué. Era por la escalera, evidentemente, pero no sabía expresarlo. ¿Qué era lo que allí hubo antes y que ahora no estaba?

La alfombra.

Antes estaba seguro de haber visto una vieja alfombra que reptaba por los peldaños igual que una serpiente. Y ahora los peldaños estaban desnudos, brillantes, con la fría hostilidad de su mármol. La alfombra había desaparecido.

Josiah Lambert no pudo ni imaginarse que aquella alfombra se encontraba enrollada apenas a diez pasos de él, bajo el arco de la escalera, y que estaba materialmente empapada en sangre.

No, él no podía imaginar eso.

Fue bordeando la escalera y llegó a la habitación donde suponía debía encontrarse Alma, a juzgar por la situación de la verja exterior. Pero la habitación estaba vacía. Sólo la silla de ruedas yacía derribada en un rincón.

Josiah contuvo la respiración.

¿Había escuchado un sonido tras él? ¿O era una alucinación de sus sentidos demasiado alertas?

Lentamente, sintiendo que el dolor llegaba en oleadas a su cráneo, salió de la habitación.

No vio la figura negra, la figura de ojos brillantes que estaba tras él con un largo puñal en la mano.

Josiah llegó hasta la escalera.

La muchacha tenía que encontrarse en el piso superior. Si la habían trasladado, debía haber sido al primer piso para que así no pudiera nunca descender por las escaleras, para convertirla ni más ni menos que en una prisionera.

Josiah empezó a subir los peldaños, mientras los contaba mecánicamente.

Uno, dos. Uno, dos, tres, cuatro.

El dolor era insufrible, llegaba en oleadas cada vez más densas hasta el fondo de su cráneo.

Pero Josiah Lambert siguió subiendo.

Y la sombra negra fue tras él.

TRECE

Llegó al piso superior.

En el largo pasillo flotaba ese olor de las habitaciones qué no se han abierto durante años, ese olor húmedo y turbio de los museos de Ciencias, de los sótanos y de los mausoleos.

Josiah Lamber! vio varias puertas, todas ellas cerradas. Comprendió que, para saber dónde estaba Alma, no tendría más remedio que ir abriéndolas una por una.

Así lo hizo.

La primera puerta daba a un solemne dormitorio donde, si no durmió el rey Luis XIV, al menos mereció haber dormido; la segunda daba a una habitación completamente vacía y que despedía un fuerte olor a humedad; la tercera a un cuarto de huéspedes lleno de polvo, pero cuya cama parecía haber sido usada recientemente. Y la cuarta puerta, por fin, no consiguió abrirla.

Estaba cerrada con llave, y la cerradura era moderna y sólida.

Josiah, pegado a la puerta, bisbiseó:

—Alma...

Transcurrieron unos segundos de silencio. Luego una voz llegó ahogada hasta él, tan ahogada como si hubiese atravesado un muro.

—Eres Josiah.

—Ya me doy cuenta de que estás ahí, Alma... ¿Qué te ha sucedido? ¿Cómo te encuentras?

—Ahora algo mejor...

—¿Qué ha ocurrido?

Alma debía haberse acercado a la puerta y ahora las palabras llegaron con más claridad a oídos de Josiah.

—Me ha traído mi hermanastra aquí. Me ha traído Ketty... Lo ha hecho a la fuerza.

—Ya he visto que tu silla está abajo.

—Sin ella no puedo hacer nada. Tengo que arrastrarme por el suelo como un animal... Estoy asustada, Josiah.

—¿No puedes abrir desde dentro?

—Imposible... Lo he intentado ya.

—¿Y la ventana?

—No tiene reja, pero está a la altura de un primer piso. Me es imposible saltar...

Josiah pareció reflexionar velozmente. Se produjeron unos instantes de silencio.

La voz de Alma volvió a susurrar:

—Josiah... ¿estás ahí?

—Sí. Y estoy pensando si yo podría trepar hasta esa ventana y sacarte. Aunque ahora es muy difícil. Estoy herido...

—No es eso sólo —susurró Alma—. La ventana da a la Avenue Foch. Te verían desde allí.

—¿Puedes tú llamar la atención de alguien ¿Puedes, por ejemplo, agitar un pañuelo pidiendo socorro?

—No creo... Los postigos están cerrados y encajan muy fuertemente... Parece como si no hubieran sido abiertos en varios años. Sólo puedo ver la avenida por las rendijas.

—Entonces no hagas nada de momento. Alma... Sabiendo cuál es la ventana de tu habitación, yo estudiaré algo desde fuera. No temas porque estaré cerca de ti.

—Tengo miedo, Josiah. Mucho miedo...

—Espero que Ketty no te matará de hambre.

—Todo es posible, Josiah. Ella está loca.

Josiah Lambert, pegado a la puerta, percibió un chasquido que repercutió en la pared y en la madera. El chasquido de un pie que acababa de posarse sobre las baldosas muy cerca de donde él estaba.

Volvió la cabeza lentamente, muy lentamente, con todos los nervios en tensión.

No vio nada.

Sólo el pasillo largo, cargado de tinieblas, ocupado por sombras siniestras que parecían estar allí desde el principio del tiempo.

—Alma...

—¿Qué, Josiah?

—Repito que no hagas nada. Yo estaré cerca de ti. Verás cómo encuentro el modo de ayudarte.

—Muy bien, Josiah. No haré nada. Confío en ti.

—Puedes hacerlo. Oye, muchacha...

—¿Qué?

—Es extraño lo que siento por ti. No te había visto nunca, no significabas nada... Y de repente me ha parecido entender que la vida un

tiene sentido si no estamos cerca el uno del otro. Haré todo lo que sea por ti, muchacha, lo que sea...

Su voz sonaba intensa, sincera. Al menos Alma la entendió de ese modo... Y fue entonces cuando ella, que también estaba pegada a la puerta, oyó el chasquido de nuevo.

Esta vez junto a la misma puerta, pero al otro lado. Es decir, junto a Josiah.

Josiah también lo oyó.

Volvió la cabeza de nuevo, y ahora distinguió algo que estaba muy cerca de él: Una sombra.

Pero no fue la sombra lo que más le inquietó, sino el cuchillo que ya rebrillaba volando hacia su garganta.

Se dejó caer de costado, apoyándose en la pierna sana, y consiguió esquivarlo. La hoja de acero no hizo más que rasgarle parte de la camisa produciéndole un hilo de sangre.

Inmediatamente, al haber fallado su golpe, la sombra también saltó hacia atrás.

En condiciones normales Josiah Lambert hubiera podido abrazarse a su desconocido enemigo, haciéndolo rodar por tierra. Pero ahora le fallaban las articulaciones y lo único que logró fue rozarlo. O mejor dicho rozarla, porque se dio cuenta de que su enemigo era una mujer:

Una mujer cubierta con unos ropajes negros y de la que solo pudo ver los ojos durante fracciones de segundo.

Unos ojos brillantes, duros, metálicos, que relucieron como un fogonazo.

Luego nada.

Aquella silueta fantasmal se dio cuenta de que había fallado el golpe y de que Josiah ya estaba alerta. No intentó repetirlo. Se alejó silenciosamente pasillo abajo, como si el aire la transportara.

Durante unos segundos que parecieron interminables Josiah vio apenas su figura recortándose entre las demás siluetas negras del corredor, pero luego, hasta aquello terminó por difuminarse.

Josiah Lambert volvía a sentir un dolor horrible en todo el cuerpo, pero comprobó que la nueva herida que acababa de recibir no tenía importancia. Sólo un rasguño. El puñal tenía que haber estado envenenado para poder causarle algún daño.

Oía la voz agitada de Alma detrás de la puerta.

—Josiah... Josiah... ¿Estás bien? ¿Qué ha ocurrido?

Josiah logró ponerse en pie...

—He oído un ruido... —susurró Alma.

—Un gato de los que entran por los tejados. Ha dado un salto hacia mis piernas y me ha hecho caer.

Alma no contestó, pero debió sufrir un ataque de nervios. Se la oyó

gemir y durante unos segundos el pomo de la puerta se movió frenéticamente, hasta que la muchacha debió darse cuenta de lo inútil de sus esfuerzos.

Entonces permaneció quieta, jadeando. Se oía la respiración angustiada desde el otro lado de la hoja de madera.

Josiah Lambert susurró:

—No temas, Alma. Nada va a ocurrir. Yo estaré cerca de ti. Permanece tranquila.

—¿Qué hago si vuelve Ketty?

—Síguele la corriente. No hagas nada por irritarla... Piensa siempre que yo no me alejaré de aquí.

—Confío en ti, Josiah.

Josiah, sin responder, se alejó lentamente.

No conocía el pasillo ni era capaz de decir qué clase de peligro le acechaba tras cada una de aquellas puertas cerradas. Pero comprendía que tenía que salir de allí. Tenía que salir de allí como fuese.

Descendió las escaleras penosamente, apoyándose en la barandilla. Dos veces estuvo a punto de rodar y dos veces creyó oír tras él la respiración jadeante de alguien que le seguía. Pero llegó sin novedad hasta la puerta.

¡Esta seguía entornada. La abrió.

El tráfico por la Avenue Foch empezaba a animarse. Se oía más allá de la verja un ruido uniforme de motores. ¿La policía? Bueno, tal vez. Josiah no podía perder tiempo pensando en ello.

Miró desde abajo la ventana a la cual debía corresponder la habitación de Alma y la archivó en su cerebro. Luego abrió la cancela para salir a la calle.

No se veía nada anormal en ella. Ni la sombra de un policía.

Josiah Lambert echó a andar pegado a las fachadas, mientras sus labios se curvaban en una mueca de dolor insufrible.

CATORCE

La mano pequeña, huesuda que parecía formada por mil pequeñas articulaciones metálicas, hizo girar la llave en la cerradura y luego pulsó el pomo de la puerta.

Esta se abrió.

Desde su altura, Ketty vio a su hermanastra Alma tendida en el suelo, jadeante, vencida, elevando hacia ella sus ojos llorosos.

Ketty sonrió malignamente.

—¿Cómo estás. Alma?

Alma susurró:

—No tenías derecho a hacerme esto... ¡No tenías derecho!

—¿No? ¿Qué crees que eres tú, estúpida?

—¡Soy tu hermana! ¡Y si no me tienes cariño, deberías tener al menos compasión de mí!

—¿Compasión? ¿Por qué voy a tenerla? ¿Quién me dice cómo fue causado ese accidente en el cual perdiste el movimiento de tus piernas? ¿Quién me asegura que no ibas borracha en compañía de un marino turco? ¿Quién sabe si fuiste tú quien mató a disgustos a mi padre?

Alma susurro con pesar:

—Por Dios, Ketty...

Ketty sonrió torcidamente.

—Tienes razón. Lo que le pudo ocurrir a nuestro padre, no me importa nada al fin y al cabo. Si fuiste tú quien le dio el pasaporte, allá vosotros. Pero voy a tener compasión de ti, imbécil, aunque no la merezcas. Mira.

Hizo un gesto y entró la silla de ruedas. Esta tenía un muelle torcido, pero funcionaba aún.

—Me has traído la silla...

—Quiero que puedas moverte, pero no te hagas ilusiones. No saldrás de aquí. Vamos, sube.

Alma le dirigió desde el suelo una mirada suplicante.

—Ketty...

—¿Qué te ocurre ahora?

—Eres cruel, eres infinitamente cruel conmigo.

—¿Ah, sí? ¿No te traigo tu silla de ruedas? ¿No estabas antes en una silla? ¿Pues qué quieres?

—Sabes perfectamente que con mis propias fuerzas no podré sentarme. Si alguna vez tengo la desgracia de caerme, necesito que me ayuden. Al traer aquí la silla, no has hecho más que aumentar mi suplicio.

Ketty sonrió malignamente otra vez.

—¿Por qué no pruebas? Tienes que valerte por ti misma. ¿Crees que siempre vas a tener a tu lado una hermanita cariñosa que se sacrifique por ti?

Hizo un ademán bondadoso y susurró:

—En fin, por una vez me has llegado al corazón. Voy a ayudarte.

Le tendió ambas manos, y Alma se sujetó a ellas.

Durante unos momentos, Ketty la ayudó. Hizo que su hermanastra pusiera ambas manos sobre los brazos de la silla.

Las piernas de Alma parecían adquirir fuerza, vigor, se tensaban como arcos poderosos mientras se apoyaban en el suelo para que el resto del cuerpo se izara poco a poco.

La muchacha estaba realizando un supremo esfuerzo.

Sudaba. Empezaba a jadear.

Ketty susurró:

—Vamos, un poco más. Ya estás casi.

Y justo cuando Alma se apoyaba más en ambas piernas, justo cuando su esfuerzo parecía más intenso, Ketty le dio un puntapié tras las rodillas mientras reía malignamente.

Con un sollozo. Alma cayó a tierra, exhalando un gemido de dolor.

—Creías que iba a ayudarte! ¡Creías que iba a hacer algo por ti! ¡Imbécil! ¡Estúpida!

Alma se puso a sollozar.

Y fue entonces cuando aquella mano ruda, aunque bien formada, apartó bruscamente a Ketty.

—¿Qué has hecho con tu hermana, loca? ¿Crees que debes tratarla así? ¿Qué piensas?

Inger, la que había sido compañera de profesión de Ketty, entró en la habitación. Sus ojos estaban casi húmedos por la pena. Dio un nuevo empujón a Ketty, casi derribándola, y se arrodilló junto a Alma.

—Pobre... Pobrecilla mía.

Hubiérase dicho que las dos lloraban silenciosamente.

QUINCE

Josiah Lambert abrió la puerta.

No había llamado ni había pedido permiso para entrar, porque su herida le dolía tan terriblemente que necesitaba le atendieran enseguida. Bastante trabajo le había costado llegar hasta la casa de aquel médico sin llamar demasiado la atención.

Vio las dos figuras blancas en el consultorio.

Aquellas figuras se apartaron instantáneamente.

El médico tenía abrazada a la enfermera y la besaba en el cuello apasionadamente cuando él entró. La enfermera respondía con frenesí, arqueándose como una gata bajo la presión de los brazos del hombre, y ciñéndose inverosímilmente a él. Pero ambos se separaron con una rapidez fulminante apenas la puerta fue empujada.

La enfermera se arregló enseguida las ropas que estaban algo desordenadas, pero fuera de eso no hizo nada que demostrase se hubiera alterado.

En cambio el médico estaba rojo como la grana.

—¿Quién es usted? —aulló.

—Me llamo Josiah Lambert.

—¿Por qué no ha llamado antes de entrar?

—Necesito que me atienda enseguida, doctor. No puedo perder tiempo.

—Veo que viene herido, y eso me hace suponer que es un delincuente o ha tenido algún roce con la policía. ¿Y si yo no quisiera atenderle? ¿Y si telefoneara a la Sûreté?

Josiah se dejó caer pesadamente en uno de los sillones de plástico que había en el consultorio.

—No lo haga, doctor —susurró con cansancio—. Conozco su dirección gracias a un amigo a cuya hermana practicó usted un aborto. Podría meterle en un lío si usted me metiera en un lío a mí. Pero somos personas prácticas y no lo haremos ninguno de los dos. Cúreme y me olvidaré de

usted. Al fin y al cabo no me importa si se merienda usted una enfermera todas las tardes. Vamos, ¿a qué espera?

El médico gruñó:

—¿Cuándo le han hecho eso?

—Es muy reciente. Llegará a tiempo de cualquier cosa.

—A ver, desabróchese.

—Le advierto que la herida de cuchillo es superficial y apenas tiene importancia. Lo que me molesta es lo de las piernas. Tendrá que aplicarme un vendaje. Un accidente, ¿sabe?

—¿Y por qué no ha acudido a cualquier clínica?

—No haga preguntas, doctor, y yo tampoco preguntaré nada. ¿Estamos?

El médico se encogió de hombros mientras caminaba lentamente hacia la puerta.

—Que se desnude el pecho y le limpia usted la herida, Jacqueline. Yo voy a buscar vendajes.

La tal Jacqueline no se puso colorada ni mucho menos al quedar a solas con el hombre. Más bien admiró con ojos de experta la amplitud del pecho de Josiah, sus largos y poderosos músculos, su piel tostada por el sol y curtida al parecer por el ejercicio de todos los deportes.

Josiah se dio cuenta de eso. Se dio cuenta de que la mujer estaba sedienta de algo que no sabía explicar, pero que bullía en su sangre.

Quiso ignorarlo.

Pero ella no.

—Siento que nos haya visto de esa manera —susurró—. No crea por ello que soy la amiguita del doctor.

—Yo no creo nada, muchacha.

—No me entrego a cualquier hombre.

—Ya lo supongo.

Mientras le limpiaba la herida lentamente, se acercó mucho a él y cruzó las piernas, haciendo una exhibición como para marcar a un rinoceronte. Además no llevaba feas medias blancas de enfermera, sino medias de calle.

Susurró:

—Esto necesitará vigilancia.

—¿Por ejemplo habrá que vigilarlo esta noche?

—Tal vez... sí.

—¿Dónde?

—A veces me telefonean para poner inyecciones. No sé a qué hora exacta. Pero podemos vernos sobre las nueve en el «Café D'Arey».

—¿Dónde está?

—¿No lo conoces? No debes ser de por aquí.

—Vengo a París poco.

—Se nota. No eres de esos elegantes corrompidos que corren por la

ciudad.

Y al decir esto pasó sus manos acariciantes por el pecho de Josiah. Este adivinó que, en efecto, la mujer estaba sedienta, y que el médico no era el manantial que más la satisfacía.

—¿Sabes algún sitio donde podamos ir luego? —susurró.

En este momento, aunque la mujer hubiera parecido apetitosa a cualquiera, Josiah no pensaba en ella. Pensaba en un sitio para pasar la noche sin que la policía pudiera seguirle la pista. Un sitio discreto, retirado, donde ya todo el mundo está de acuerdo en no meter las narices.

Ella musitó:

—Poseo un apartamento en el «Quartier Latin». Pequeñito e íntimo, ¿sabes? Pero tú lleva una botella de *whisky*. Eso nos entonará.

—¿Qué te parece si voy allí directamente en lugar de encontrarnos antes en el café?

—Esto no es una venta de ganado —susurró ella, con acento más tenso—. Primero quiero hablar contigo. Primero quiero convencerme de que en todos los sentidos eres mi tipo. Recuerda que el «Café D'Arcy» está en la rue Panamá.

Josiah seguía pensando en un lugar adonde no le persiguiera nadie. Un lugar donde se le permitiera ocultarse al menos por una noche.

Una habitacioncita en el «Quartier Latín». ¡Magnífico!

La mujer pasaba a segundo plano.

—Creo que iré allí —musitó.

—Recuerda «Café D'Arcy» a las nueve. Pero no te extrañe si me retraso un poco, porque a veces me llaman para poner inyecciones a última hora. Incluso dejaré el recado de que voy allí, por si alguien me necesita. Luego... cuando lleguemos a mí apartamento ya procuraré que no nos moleste nadie, cariño.

No pudo decir más porque en aquel momento entró el médico. Traía un rollo de vendaje elástico.

—¿Lo de las piernas es solo un golpe?

—Sí. Un accidente de coche.

—Déjeme ver.

Le palpó desde los tobillos hasta las rodillas, con mano experta. Luego hizo un signo de asentimiento.

—Muy doloroso pero nada grave. De todos modos le convendría no andar al menos en un par de días.

—Lo siento, doctor. Tengo precisión de hacerlo.

—En ese caso los vendajes elásticos le serán muy útiles, pero convendría que además se apoyara en un bastón. ¿Podrá comprarse uno?

—Desde luego, doctor.

—No haga ningún movimiento brusco. Y cuando tenga ocasión de estarse cuarenta y ocho horas quieto, hágalo. Luego llame a otro médico.

Le vendó las piernas con movimientos expertos, mientras la enfermera hacía lo mismo con el tronco.

Al ponerse en pie para vestirse de nuevo la camisa, Josiah se sintió mucho más aliviado.

Desde luego el médico podía ser un sinvergüenza, pero al menos conocía su oficio bien.

—No se fíe si ahora encuentra alivio —dijo— Cualquier movimiento brusco podría dejarle muchísimo peor.

—Comprendo.

—Mis honorarios son cincuenta francos.

Josiah Lambert pagó, y la enfermera le acompañó hasta la puerta, fingiendo que le ayudaba a sostenerse. Pero en realidad aquella mujer se colgaba de él y se pegaba a su cuerpo como una lapa.

—A las nueve... —dijo casi jadeante.

—A las nueve, cariño. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—¿No lo has oído? Jacqueline...

—Entonces hasta las nueve, Jacqueline.

Josiah salió de nuevo a la calle, sin haberse dado apenas cuenta de lo ocurrido en casa del médico. Todo aquello le parecía una alucinación, una fantasía. La luz del sol le hirió de lleno en los ojos.

Después de salir de la casa de Ketty había pasado la noche en un banco del cercano Bosque de Bolonia, procurando no ser visto por ningún policía. A una hora razonable había ido a casa del médico y ahora estaba de nuevo en la calle.

Con todo el día por delante.

Sin poder acercarse al lugar donde estaba Alma mientras sobre la ciudad no hubieran caído las sombras de la noche.

Sin poder acercarse a la dulce, a la sacrificada, a la melancólica Alma.

A un Alma que no podía moverse ni respirar libremente el aire de París.

Y fue justamente entonces, en plena Avenue Wagram, cuando aquel taxi estuvo a punto de atropellarle, cuando Josiah tuvo que echarse atrás. Y cuando la vio a ella.

¡A ella, a Alma!

¡Libre como un pájaro!

¡Sentada en un taxi como una señorita elegante que se dispone a ir de compras por los bulevares!

¡A ella, a la paralítica!

Josiah quedó quieto, anonadado, aturdido, sintiendo que el mundo entero daba vueltas en torno suyo.

Tardó casi cinco minutos en comprender que Alma no le había visto.

DIECISEIS

La muchacha había cruzado las piernas.

Estaba como antes, como cuando le vendó en el consultorio, pero ahora su actitud era más provocativa y consciente. Cada gesto suyo era una llamada directa al instinto, una vez que ya no intentaba disimular, que los arrastraba a los dos por la misma pendiente.

Susurró:

—Me gustas.

Josiah Lambert no pensaba en ella, no pensaba en sus piernas ni, cosa rara, en la aventura que Jacqueline podía depararle. Pensaba en Alma, en el engaño monstruoso de que Alma le había hecho objeto, y que además él no comprendía.

El «Café D'Arcy» era íntimo, recogido, uno de esos cafés donde se sueña o donde se habla de amor en voz baja. Las luces, o más bien las sombras de aquel rincón de París entraban allí tímidamente, con dulzura, envolviendo el ambiente en una especie de misteriosa complicidad. Josiah Lambert, a pesar de sus siniestros pensamientos, era sensible a eso.

El preguntó por decir algo:

—¿Te conocen en este café?

—Vengo con alguna frecuencia. Y suelo dejar el teléfono por si me necesitan para alguna inyección urgente.

—Eres una muchacha muy ordenada.

—Pero de vez en cuando me gusta desordenarme —susurró mimosamente—. ¿Por qué no nos vamos ya? Es tarde...

En aquel momento el camarero se acercó.

—Jacqueline...

La trataba con confianza, como a una vieja cliente. Ella alzó la cabeza.

—¿Qué ocurre ahora?

—Una inyección urgente. Es la de otras veces, según ha dicho.

—¡La imbécil que siempre me llama aquí!

—Sí, eso supongo.

—¡Pues esta noche se va a ir al infierno!

—Como quieras, Jacqueline. ¿Se lo digo?

Jacqueline suspiró con cansancio.

—No, bueno... Dile que voy enseguida. Al fin y al cabo aún me debe las facturas del mes pasado y así podré cobrar. Total son cinco minutos.

El camarero se alejó cansinamente. Se le oyó decir algo ininteligible en la cabina telefónica.

A Josiah le fastidió bruscamente la idea de que la muchacha fuese a salir. Y entonces se dio cuenta, con sorpresa, de que se estaba acostumbrando a ella. De que la deseaba incluso.

—¿Vas a tardar mucho?

—No; son diez minutos. Está cerca.

—Te espero aquí, ¿no? ¿O prefieres que te acompañe?

—No te conviene andar. Aguárdame. Ya te he dicho que son diez minutos.

La muchacha salió contoneándose, seguida por las miradas ansiosas de dos o tres tíos famélicos que estaban sentados al fondo del local.

Como había hecho otras noches, la enfermera dobló la esquina, para caminar por la rue Longchamps, luego desembocó en la Porte Dauphine y enfiló rectamente la lujosa Avenue Foch.

Llegó ante la cancela de la verja, la cual estaba abierta como tantas otras noches.

Jacqueline entró.

Caminaba con gesto indiferente, aburrido, como el que realiza algo que antes ha repetido cien veces.

Fue a llamar, pero esta vez se encontró con que la puerta principal de la casa también estaba abierta. Mejor dicho, entornada solamente. Empujó y se encontró con la oscuridad.

El vestíbulo olía a cerrado, a quieto, a muerto.

Pero Jacqueline no pensaba en eso. Pensaba con inquietud en el hombre que la aguardaba en el «Café D'Arcy». En el hombre que diez minutos después volvería a estar junto a ella.

Sin ningún asomo de temor llamó:

—¡Señora! ¡Señora!

Nadie contestó.

Las voces resonaban en el vestíbulo, en la casa inmensa, como el eco resuena en las paredes de una tumba.

Jacqueline volvió a llamar:

—¡Señora!

Nadie le contestó tampoco esta vez. El silencio que la envolvía se hizo espeso, angustioso, obsesionante.

Un silencio que era como un dogal que aturde, que ahoga.

Y al fin ese silencio fue roto por un chirrido.

Un chirrido siseante. Leve.

El suavísimo chirrido que producirían al avanzar las llantas de una silla de ruedas.

DIECISIETE

Era un ruido siseante, apenas audible, como el que produciría una serpiente al avanzar sobre una superficie de papel de estaño—. Era un ruido de pesadilla que no se parecía demasiado a nada concreto, pero que llenaba los sentidos.

La enfermera quedó quieta, paralizada, sintiendo igual que si una mano fría tocase poco a poco su espalda.

Como si pidiera socorro, su garganta únicamente pudo balbucir esta palabra:

—Señora...

Nadie contestó. Aquel sonido fue avanzando, fue llenándolo todo de susurros, hasta que de pronto vio las ruedas de la silla.

Esta se detuvo apenas a cuatro pasos de ella, justo en el costado de un rectángulo de luz que proyectaba una de las ventanas.

La enfermera tragó saliva.

Sólo veía la rueda izquierda de la silla. Nada más. No veía la persona que estaba sobre ella, no podía distinguir sus ojos.

Sintió miedo, un miedo absoluto que le llegaba desde la nuca hasta la cintura, recorriéndole la columna vertebral. Se dio cuenta de que no respiraba, de que ya le quemaban los pulmones a fuerza de retener el aire.

Pero era absurdo... ¿De qué tener miedo? Estaban en la Avenue Foch, o sea en lo más elegante de ese París que no falta en ningún folleto turístico del mundo. Seguramente que algún gendarme tenía su puesto de vigilancia a menos de cincuenta metros de allí. Ella misma había estado otras veces poniendo inyecciones en aquella casa...

Pero la silla de ruedas no la había visto nunca. No, aquella silla no sabía que existiese.

Susurró:

—Busco a la señora Ketty Debré.

Viniendo del fondo de las tinieblas, una voz suave dijo:

—Acérquese.

La muchacha se acercó, como si estuviera hipnotizada. Vio bien la silla, vio la figura que estaba sentada sobre ella. Vio el relieve de sus manos que se movían. Vio los ojos.

La voz susurró de nuevo. La voz parecía brotar de las tinieblas, parecía llenar la casa.

Preguntó:

—¿Qué te parece Ketty Debré? *¿Qué te parezco yo?*

Jacqueline seguía viendo aquellas manos. Jacqueline seguía mirando como hipnotizada aquellos ojos que se acercaban lentamente.

De pronto lanzó un grito.

Lanzó un grito de horror, de tortura, de incompreensión, de espanto...

Un grito que parecía no ser de este mundo, pero que encajaba perfectamente en la atmósfera fantasmal de aquella casa.

Y la silla se acercó un poco más.

Y las manos se movieron...

Y el puñal se clavó suavemente por dos veces en la garganta de la muchacha...

DIECIOCHO

Josiah Lambert consultó su reloj. Hacía casi una hora que Jacqueline salió del café para poner una inyección al parecer insignificante. No había regresado aún.

Él se sentía incómodo y en peligro dentro de aquel café. Cualquiera podía verle. Además le dolía todo el cuerpo y ansiaba descansar. El nidito de amor de Jacqueline podía ser bueno para él, aunque le costara dar un desengaño a la muchacha.

Pero ésta no volvía.

¿Qué podía haber ocurrido con ella?

Josiah llamó al camarero, un tipo cincuentón y grueso que, al acercarse a las mesas, arrastraba la tripa por encima de los mármoles.

—Usted conoce a Jacqueline, ¿no? La chica que estaba conmigo.

—Sí, claro.

—Me parece que fue usted quien tomó el recado por teléfono. ¿Sabe desde dónde la llamaron?

—Nunca lo he sabido bien, porque es ella la que conoce el sitio. Pero está por la Avenue Foch.

Las facciones de Josiah se tensaron sin que él mismo se diera cuenta.

—¿La... la Avenue Foch?

—Sí, aquí cerca.

—¿Recuerda el nombre de la persona que la llamó? Debe recordarlo si la ha llamado otras veces.

—Ni que la cosa tuviera tanta importancia... A ver, déjeme recordar.

Josiah puso junto a la tripa del camarero un billete de diez francos.

—Ahora lo sé. Se llamaba Debré. El nombre no lo recuerdo.

—¡Ketty Debré!

—Sí, eso es... Bueno, me parece.

Josiah pareció movido por un resorte. Depositó en la mesa el importe de la consumición, se puso en pie de un salto y salió del café arrastrando la

pierna.

El camarero le contempló durante varios segundos con cara de asombro. Luego se encogió de hombros y terminó farfullando:

—¡Vaya lío se trae ese! ¡A lo mejor ahora resulta que está casado con la tal Ketty Debré y el tío no se acordaba!

* * *

El comisario Garnier estaba de un humor de perros cuando los jefes de las patrullas a las que había destacado en busca del hombre del cuchillo pasaron a su despacho a rendirle informes.

Bastaba verle mascar su cigarro y triturar entre sus dedos un paquete entero de «Galouases» para darse cuenta de que no le faltaba gran cosa para decidirse a saltar y estrangular a alguien.

Los inspectores jefes de patrullas llegaban cabizbajos y rendidos al despacho de su jefe, después de veinticuatro horas sin dormir.

—¿Qué hay? —gruñó Garnier.

—Nada. Ni rastro.

—¿*Nada*?

—Ese hombre parece haberse esfumado. Puede decirse que hemos batido todo París, y hemos interrogado a docenas de confidentes. Nadie le conoce y nadie parece haber tenido tratos con él. Si es un lobo, se trata de un lobo solitario. Ya no nos queda un rincón por husmear.

—¡Quedan centenares de rincones! —aulló Garnier—. ¡Un hombre no se esfuma así como así, sobre todo si se mueve por los barrios elegantes y por los alrededores de la Avenue Foch! ¡Además, ayer desapareció un gendarme en esa zona! ¡Lo que me faltaba! ¡Un asesino de ese calibre no se evapora, y aunque se evapore tienen que encontrarlo!

Uno de los inspectores susurró:

—Píense que la descripción que tenemos de él es muy vaga... Sólo lo vio un gendarme durante un momento y de noche. El tipo que lo atropelló apenas ha podido decir nada...

—¡Pero sufrió lesiones! ¡Tuvo que curarle un médico!

—Hemos hablado con casi todos los médicos sospechosos de París. A los demás no los consideramos capaces de hacer una faena de esa clase.

—¡Pues tiene que aparecer! ¡Tiene que aparecer, en nombre del infierno!

Uno de los inspectores le miró con cierto retintín.

—Nunca le había visto tan nervioso, comisario. ¿Es que hay algo especial en ese asunto, algo que no sabemos aún?

—Lo único especial es que he estado buceando en la vida de la mujer a la que asesinaron en Marsella.

—¿Y qué?

—Esa mujer había estado en Ibadan, Persia.

El inspector sostuvo su mirada.

—¿Y qué? —repitió.

—Era amiga de una tal Alma Debré. En realidad es la única relación que sabemos tuvo en aquella zona petrolífera.

—Eso no parece tener mucha importancia...

—Sí que la tiene. Claro que la tiene... La tal Alma Debré desembarcó en Marsella hace pocos días. Vino a París. Eso hemos podido saberlo, aunque de una manera algo incompleta, por la Brigada Móvil.

—Pues entonces es muy posible que la tal Alma Debré sepa algo. ¿Cuál es su domicilio de París?

—¿Creen que no se lo hubiera dicho antes si lo supiese? —gruñó Garnier—. Lo malo es que a partir de su llegada a París se pierden las pistas. Sólo sabemos que vino con un hombre, el cual, muy posiblemente, es el mismo que estamos buscando. Parece existir una relación muy clara entre el crimen de Marsella, Alma Debré y el fulano del cuchillo, el mismo que nos interesaría tener ahora entre las manos. ¿Pero dónde está? Sólo sabemos que quizá en la Avenue Foch. Y la Avenue Foch es demasiado larga, vive en ella demasiada gente. Ustedes la han patrullado y no han encontrado nada.

El mismo inspector que antes había hecho la pregunta dijo ahora:

—¿Tiene alguna característica especial esa Alma Debré? ¿Habría algún modo de identificarla?

—Sí. Y al parecer la cuestión es muy fácil, porque no existen en París muchas mujeres como ella. Es paralítica. Viaja en una silla de ruedas.

—Pues entonces... ¡entonces ya la tenemos! ¡Esa es una pista de primer orden! ¡Alguien ha tenido que verla!

—Es una pista demasiado clara —susurró Garnier—. Tanto que no me atrevo a seguirla.

—¿Por qué?

—Estoy seguro de que es una pista falsa. Alma Debré tenía mucho interés en parecer una paralítica. *Pero no lo es*. Al contrario, me parece una pájara de cuidado. Según creo, explica la historia de que su padre murió en accidente, y justo en ese mismo accidente fue donde ella perdió el movimiento de sus piernas. Pero la información que yo he recogido no es esa. El padre de Alma Debré murió asesinado, y no en un accidente. Fue, además, un crimen de lo más tajante. Le rebanaron el pescuezo con un cuchillo...

Alma Debré dejó el taxi en un rincón penumbroso de la rue Longchamps, muy cerca de la casa donde vivía su hermana Ketty, y abonó el precio de la carrera. Luego fue andando hacia allí, siguiendo exclusivamente las zonas donde la oscuridad era más intensa.

Caminaba con rapidez, con agilidad, con esa serie de fáciles movimientos de que solo son capaces las personas que han hecho un intenso ejercicio. Parecía una bailarina o una atleta.

Nada recordaba en ella a la paralítica que poco antes había llegado al puerto de Marsella. Nada *recordaba* a la mujer que su hermana Ketty creyó poder tener esclavizada.

Si ahora Ketty la hubiese visto, seguro que habría lanzado un grito de sorpresa. O quizá un gemido de horror.

Porque había en sus ojos algo que daba miedo. Porque existía en sus pupilas una extraña luz que era más fría y abismal que la luz de las estrellas.

Y se movía.

Se movía con agilidad, con fuerza, con seguridad en sí misma.

Daba esa horrible sensación de fuerza que a veces dan los asesinos, los vengadores y los locos.

* * *

Llegó ante la casa.

A pesar de haber elegido las zonas más oscuras, y a pesar también de lo avanzado de la hora, muchos hombres se habían vuelto a mirarla. Efectivamente, no se veían con frecuencia mujeres como Alma Debré. Ni piernas como las suyas. Ni bocas así. Ni ojos como aquéllos, a pesar de la extraña luz que palpitaba en su fondo.

La verja estaba entornada. Como siempre.

Alma la empujó.

¿Estarían vigilando la casa? ¿Se encontraría ya la policía sobre una pista segura?

Al parecer, no. Todo estaba igual. La Avenue Foch silenciosa y tranquila a aquella hora. La casa, oscura como un panteón. La calzada desierta, sin nadie que vigilase.

Alma entró.

La puerta principal de la casa estaba cerrada, pero Alma entró de todos modos. Tenía una llave arrebatada a su hermana Ketty poco antes de salir. La manejó suavemente.

Como ocurría a todos los que entraban en aquella casa, las sombras del vestíbulo parecieron asaltarla. Los mil rumores misteriosos de las casas viejas, como son crujidos de los muebles, deslizarse de insectos, furtivas

persecuciones de ratas, llegaron a sus oídos y parecieron envolverla. Pero Alma Debré no se inmutó, porque ella ya formaba parte de aquella casa, porque ya conocía su secreto, porque en cierto modo se sentía identificada con su clima de horror.

No le sorprendió ver una mancha de sangre en el mármol de la escalera. No le sorprendió tampoco encontrarse pensando, de una manera fría y lejana, que allí se había cometido un crimen.

Subió al piso superior. Subió lentamente, silenciosamente, como una sombra más de las que llenaban la casa.

Fue a la habitación en que su hermana Ketty la había encerrado antes, y que ella había logrado abrir desde dentro con toda facilidad. Pero la silla de ruedas no estaba allí. La vio al fondo del pasillo, vacía, dando la misteriosa y extraña sensación de un ser vivo que la estuviera acechando.

Alma Debré se acercó a la silla. Se sentó en ella.

Todo volvía a ser como antes. Todo volvía a ser como cuando llegó a aquella casa, dejándose transportar por Josiah Lambert, para que todos la creyeran una paralítica.

Y fue entonces cuando vio aquella silueta negra que avanzaba hacia ella desde el otro lado del pasillo.

Aquella silueta idéntica a la de la película de horror. La de su hermana Ketty, tal como se caracterizaba años antes para las viejas películas que le dieron dinero y fama, aquellas películas en que lograba sumir al público en una especie de éxtasis negro, en un delicioso terror.

Pero Alma Debré no se asustó esta vez. No se asustó lo más mínimo. Ni un músculo se movió en su rostro.

Porque ahora las cosas habían cambiado mucho. Muchísimo. Definitivamente.

* * *

Ketty se quedó como petrificada al verla. Deteniéndose junto a una de las puertas balbució:

—¿Cómo... cómo has logrado salir, maldita?

—Muy sencillo. Te robé antes las llaves.

—¿Que... me... robaste las llaves?

Más que la increíble confesión de Alma, lo que maravillaba y asustaba a Ketty era su calma glacial, aquel dominio de sí misma de que su hermana hacía gala en estos momentos.

Se daba cuenta de que algo había cambiado, de que no era como antes, pero no podía explicar en qué consistía. Simplemente tenía la sensación de que Alma era distinta.

Balbució:

—¿Y has bajado las escaleras... en la silla de ruedas?

—Imagina que sí.

—¡Es absurdo! No puedes... ¡No puedes!

—Ya es hora de que hablemos claro, Ketty. Ya es hora de que te diga por qué he venido a París.

—Porque estabas sola y necesitabas a alguien que te cuidase. Para explotarme a mí. ¡Sólo para eso!

—Te equivocas, Ketty. Vine a París por otra razón. Vine para vengar a papá.

Hizo una pequeña pausa, durante la cual solo se escuchó el ritmo silbante de la respiración de las dos, y añadió lentamente, dejando caer las palabras una a una:

—Papá, al que asesinaste tú misma.

* * *

La acusación hubiera podido producir en Ketty una reacción de furia, al darse cuenta de que su hermanastra la amenazaba poco menos que con la guillotina, pero nada de eso ocurrió. Lo primero que hizo Ketty fue abrir mucho la boca, como si estuviera asombrada. Luego temblaron sus labios un momento. Al fin se echó a reír.

Sus carcajadas fueron roncadas, ásperas, y en su boca maquillada para el terror parecieron sencillamente monstruosas.

—¿Estás loca? —preguntó al fin—. ¿Te das cuenta de lo que estás diciendo, estúpida?

—Tú mataste a papá.

—¿Cómo puedes decir eso? Jamás estuve en Ibadan. Nunca se me ocurrió poner los pies en Persia.

Alma, por toda respuesta, introdujo la mano derecha en uno de los bolsillos y extrajo una fotografía, que tendió a su hermanastra. En ella se veía a Ketty retratada con el palacio del Sha como fondo. La foto era nítida y las siluetas inconfundibles.

—Esta es solo una prueba —dijo lentamente—. Tengo otras.

Ketty tomó la fotografía. Sus dedos temblaron y la dejó caer al suelo. Su boca se torció, mientras todas sus facciones se crispaban y formaban una expresión que era a la vez de furia y de horror.

—¿Confiesas que estuviste en Persia?

—¡Sí, estuve! ¡Ya de nada sirve negarlo, maldita! ¡Estuve allí casi dos semanas!

—¿Confiesas que viste a papá?

—¡Claro que lo vi! ¿Y no sabes por qué? ¡Para escupirle a la cara todo mi odio! ¡Para decirle que era infame que se hubiera casado por segunda vez! ¡Por eso!

Las facciones de Alma estaban pálidas, tensas.

—¿Y al cabo de tantos años aún duraba tu odio? Después de tanto tiempo aún pensabas en eso?

—¡Nunca se lo perdoné! ¡Cuando yo aborrezco una cosa, el tiempo no pasa para mí! ¡Años después, sigo aborreciéndola como el primer día!

Ketty hablaba con exaltación, con furia. Todo su carácter vehemente asomaba en este momento a sus ojos y a su boca como una llamarada. Alma se dio cuenta de que había llegado el momento decisivo. Se dio cuenta de que su hermanastra no tardaría en confesar.

Susurró:

—¿Por qué mataste a papá? ¿Sólo por eso? ¿Tan infame y tan ruin has podido llegar a ser?

—¡Yo no lo maté!

La respuesta de Ketty había sido tan aplastante, tan vehemente y tan sincera, que por un momento Alma se quedó como atónita. Abrió mucho la boca y no supo qué decir.

¿Mentía Ketty? No, no era fácil. Estaba en ese nivel de excitación en que una persona dice la verdad. No pensaba las cosas. ¿Pero entonces?...

Ketty farfulló:

—¿De modo que viniste a París, fingiéndote paralítica, para engañarme mejor, no es así? ¿De modo que lo único que querías era arrancarme una confesión de culpabilidad?

—¿Tú... no mataste a papá?

—¡Después de decirle todo lo que pensaba marché de Ibadan y ya no volví a verle!

—¡No es posible!

—¿Cómo que no es posible? ¡Te estoy diciendo la verdad!

—¡Papá fue asesinado!

—Y tú has venido a París a buscar al culpable ¿no?

La voz de Ketty era tensa, áspera, pero burlona. Después de la sorpresa inicial volvía a sentirse se gura de sí misma.

—¡He venido a buscar un culpable que eres tú —gritó Alma—. ¡Tú!...

—¡Yo no le maté porque ni siquiera llegué a tocarlo! ¡Ni tan solo nos dimos la mano!

Alma se puso en pie. Lo hizo de un modo maquinal, sin darse cuenta ella misma. Su hermana parpadeó un momento, asombrada, pero en seguida se rehízo.

—Has querido engañarme... —dijo solo con voz ronca—. Has querido burlarte de mí...

—Yo solo pretendo que la muerte de papá no quede impune.

—¡Repito que no lo maté!

Ketty había vuelto a exaltarse y durante unos segundos produjo la sensación de que iba a saltar sobre ella, pero enseguida volvió a recobrar la serenidad. Su mirada se hizo de hielo.

—Estamos discutiendo como dos tontas —musitó—. Esto es grave y hay que hablarlo con más calma, con muchísima más calma... ¿Quieres darme esa foto donde estoy junto al palacio del Sha, la que se me ha caído antes? Me gustaría verla un poco mejor.

Alma susurró:

—Claro...

Se inclinó para recogerla del suelo. No se dio cuenta de cómo brillaban los ojos de Ketty.

—¡Maldita!

El insulto había brotado de los labios de Ketty mientras levantaba la mano derecha. Con una maestría inesperada, con una fuerza que no parecía propia de ella, la dejó caer sobre la nuez de su hermana, en un golpe tajante que incluso hubiera podido matarla. Alma exhaló un gemido, sus manos se abrieron y cerraron dos veces, y terminó cayendo pesadamente a tierra.

Ketty rió.

Rió salvajemente, mientras la volvía a sentar de nuevo en la silla de ruedas y se ponía a atarla con el cinturón de cuero que ceñía su vestido, de modo que no pudiera mover un solo músculo de su cuerpo.

* * *

Reía aun cuando descendió las escaleras, llegando al vestíbulo. Su pecho flaco y huesudo se estremecía a los impulsos de aquel acceso de hilaridad, mientras pasaba revista a los muebles viejos, solemnes, cubiertos de una crónica capa de polvo.

El silencio era tan espeso, tan obsesionante, que lo envolvía todo como una cosa semifluida, como una pasta gris. No se sabía por qué, pero caminando entre aquellos muebles se tenía la sensación de estar en otro mundo.

De pronto Ketty quedó paralizada.

No esperaba ver aquella figura humana allí. No esperaba ver una sombra viva entre todas aquellas sombras muertas.

Inger avanzó lentamente hacia ella, como un espectro.

—Hola, Ketty.

—Inger... No sabía que estuvieras aquí.

Inger avanzó dos pasos más. Su figura parecía más alta, más rígida que nunca.

Detrás de ella, Ketty vio uno de los solemnes relojes de pared que adornaban el vestíbulo. Un reloj de primera categoría, que no había fallado nunca.

Y, sin embargo, ahora estaba parado. Señalaba una hora absurda.

—¿Por qué has parado ese reloj? —musitó Ketty—. Antes, en otro tiempo, también hacías eso. ¿Por qué te gusta parar los relojes?

—No sabría explicártelo. Es como si así detuviera el tiempo.

Inger recibía en sus ojos la luz proyectada por una de las altas ventanas. Y aquellos ojos estaban inmóviles. Parecían mirar hacia más allá del mundo. Eran como los de una muerta, y por eso Ketty tuvo un escalofrío de miedo cuando aquellos ojos se movieron un poco, solo un poco, para posarse en ella.

—Inger...

—¿Qué te sucede, Ketty? ¿No te sientes bien?

—Inger, estás muy extraña esta noche...

—No, no estoy extraña. ¿Por qué voy a estarlo? Simplemente me ocurre que...

—¿Qué?

—Recordaba a tu padre.

Lo había dicho con solo un soplo de voz. Una voz inaudible, que parecía ahogarse entre las sombras, esfumarse en el tiempo. Y sin embargo, bastó para que Ketty descubriera detrás de aquellas palabras un universo de horror. Para que se diera cuenta de que detrás de las palabras de su amiga latía algo viscoso, negro, horrible. Algo que los sentidos se niegan a admitir porque es demasiado espantoso, como un reptil saliendo de una tumba.

—Tú... ¿tú llegaste a conocer a mí padre, verdad?

—Mucho.

—Era un gran hombre —susurró Ketty, exaltan— dase por un momento—. Yo lo adoraba. Para mí era el más inteligente, el más dulce y simpático de los hombres. Pero jamás le perdoné que traicionara los ideales de su juventud casándose con aquella zorra. Cea la madre de Alma.

—Menos se lo perdoné yo.

—¿Tú? ¿Por qué? ¿Qué te importaba?

—Estaba enamorada de él. Me había dado palabra de que se casaría conmigo.

Lo increíble confesión dejó aturdida a Ketty. Ciertamente que, aunque aquellos recuerdos estaban como difuminados en la bruma del tiempo, aunque correspondían a los años ya lejanos de su gloria y de su triunfo, algo había existido entre su padre, al quedar viudo, y Inger, que era entonces una mujer atractiva y muy apasionada. Pero nunca sospechó que ella hubiese estado enamorada, y, al parecer, enamorada ciegamente.

Logró decir con un soplo de voz:

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Lo odié con toda mi alma. Y odié a la mujer que se lo había llevado.

—Pero... de eso hace muchos años...

—Yo soy incapaz de olvidar.

La voz de Inger parecía llegar desde más allá del Bien y del Mal, desde más allá del tiempo.

Parecía sumida en un éxtasis negro, en un éxtasis maldito.

—Aquella mujer —susurró— tenía que morir. Pero el Destino se la llevó antes de que yo pudiera hacer nada contra ella. Sin embargo, quedaba él, que era el objeto de todos mis odios, y quedaba también su hija. Nada importaba tanto como matarlos a los dos... Los años no hacían sino acrecentar mi odio, mi desesperación, mi angustia de mujer irremediablemente sola... Por eso fui a Ibadan, donde él trabajaba. Y por eso...

La voz de Ketty apenas fue un murmullo, una súplica.

—¿Lo mataste tú?

—Sí.

—¿Y... y no te vio nadie? ¿No te descubrió la policía? ¿Pudiste soportar el peso de tu crimen?

—La policía no me descubrió. En cambio me vio una mujer, una prostituta indecente e indigna de las que frecuentaban los pocos lugares elegantes que hay en Ibadan. Tu padre ya era casi un viejo, Ketty, pero aún distraía su soledad, de tarde en tarde, con alguna mujer así. Ella me vio y tuvo miedo. No sé si se pudo poner en contacto con la policía, pero era un peligro para mí. Salió huyendo... Yo la seguí a través de medio mundo, hasta localizarla hace poco tiempo en un hotel de Marsella. Entonces no me fue difícil acabar con ese peligro de una vez.

Ketty sentía que le faltaba el aire. Ahora se daba cuenta de que era como un muñeco indefenso ante su amiga Inger. Sentía que se ahogaba.

—¿La mataste?

—Y no fue la única. Odio a todas las mujeres que embriagan a los hombres con el atractivo de sus cuerpos... ¡Odio a las que son más jóvenes que yo! Por eso seguí hasta su apartamento a una mujerzuela de un bar cercano a esta casa, y una vez allí... ¡Oh, me estremezco al recordarlo! ¡Me estremezco también al preguntarme qué debió pensar aquella enfermera que te ponía inyecciones algunas veces, cuando en lugar de encontrarte a ti me vio a mí en una silla de ruedas...! —Lanzó una carcajada seca, histérica, que hizo palpar los nervios de Ketty—. Si quieres puedes ver su cadáver... Todavía está ahí, esperando que tú me ayudes a sacarlo...

Ketty lanzó un aullido, un aullido ronco de fiera acorralada que hizo palpar las entrañas negras de la casa.

—¡Inger!...

Inger apenas se movió. Sólo sus manos lo hicieron, aquellas manos que parecían finas, suaves, pero que tenían la flexibilidad y la dureza del acero. Sus manos fueron al encuentro de la garganta de Ketty. Una de ellas parecía tener un dedo más largo que los otros, un extraño dedo de metal. Ketty vio apenas brillar el cuchillo cuando ya se clavaba en su carne. Sintió

su propia sangre ahogarla, saltarle a la garganta como un chorro cálido. Y cayó a tierra mientras Inger clavaba su arma una vez, otra, otra...

* * *

Alma había oído los gritos de su hermanastra. Lo había oído todo, y el horror la dominó de tal modo que durante interminables segundos fue incapaz de moverse. Ni siquiera se daba cuenta de que estaba atada. Cuando quiso saltar de la silla lo notó. Las ligaduras se clavaron en su carne.

Y oyó entonces los pasos en la escalera.

Uno. Dos...

Los pasos de alguien que subía.

Tres...

El pasillo estaba tan oscuro que apenas permitía ver, pero al fondo, al término de la escalera, palpitaba como una luz fosforescente que llegaba desde las ventanas que daban a la calle. Fue en aquella luz fosforescente donde vio recortarse la cabeza de Inger. Y luego su cuerpo. Y sus manos, donde brillaba la hoja metálica.

Los dientes de Alma entrechocaron. Cerró un momento los ojos, y cuando los abrió la figura de Inger ya se recortaba en el pasillo, a menos de seis pasos de ella. Inger avanzaba lentamente, como una sombra, como un espectro...

Alma supo que iba a morir. Supo que la encontrarían al día siguiente atada a la silla de ruedas, junto al cadáver de Ketty.

Fue a gritar, pero la voz no surgió de su garganta. Fue a moverse, pero los músculos no obedecieron...

El cuchillo se alzó sobre su garganta.

—Tú eres la hija de aquel perro... —balbució Inger—. ¡Tú también debes morir!

Puso el cuchillo en la garganta de Alma y gritó:

—¡Ahora!...

El disparo cortó en seco su grito. La bala, atravesándole la cabeza de parte a parte, no la hizo sufrir. Alma notó que el cuchillo se clavaba un poco en su cuello, en el espasmo de la muerte de Inger. Luego nada más. Cuando vio caer a la asesina, ella también perdió el conocimiento.

Sólo pudo distinguir, antes de perder el sentido, a Josiah Lambert que había disparado a través de una de las ventanas, a la que estaba encaramado. Un tiro casi imposible, porque había tenido que aprovechar el ángulo de una puerta de las que daban al pasillo, abierta solo a medias.

Después de eso no sintió nada. Absolutamente nada más...

EPILOGO

El dueño del hotel, acodado en la barandilla del piso superior de la Estación Marítima de Marsella, contempló la cubierta del buque «Saigón», que iba a zarpar rumbo al Océano Indico.

Encendió un cigarrillo y miró de soslayo al hombre que estaba a su lado, a Josiah Lambert, cuyas manos asían fuertemente la barandilla de hierro.

—Le veo triste, *monsieur*. ¿No ha ido todo bien? ¿No ha terminado satisfactoriamente un trabajo difícil?

—Hube de tirar contra una mujer. Y eso no me gusta, aunque la mujer fuera una especie de loba. Claro que a veces pienso que, de no haberlo hecho así, ahora estaría muerta la única muchacha a la que he amado en mi vida.

El dueño del hotel exhaló una lenta columnita de humo.

—Cuando usted se alojó en mi casa, nunca hubiera supuesto que fuese un agente de la Interpol, *monsieur*, y que estuviera siguiendo una pista nada menos que desde Ibadan, en Persia. No, nunca lo hubiera supuesto. ¿Pero por qué no pidió ayuda a la policía francesa?

—Porque no tenía ninguna pista, absolutamente ninguna. Todo lo que hubiese que hacer debía hacerlo yo solo, y en determinados ambientes conviene mejor aparecer como un fugitivo de la Ley. Mi máximo interés estaba en que me confundiesen con un delincuente.

—Pero insisto en que está usted triste, *monsieur*. ¿Es por la chica?

—Sí... Bueno, ¿para qué negarlo? Ella marcha en ese buque. Quería despedirla, pero no la veo. Debe estar ya en su camarote; me habrá esquivado, seguro.

—Y lamenta no verla ya más, ¿verdad, *monsieur*?

—Ya le he dicho que es la única a la que he querido en mi vida.

En aquel momento una voz musitó junto a Josiah:

—¿Me esperabas?

Él se volvió. Sus ojos contemplaron deslumbrados el rostro de Alma, que le sonreía apenas a unos centímetros de distancia. Y los ojos del dueño del hotel no contemplaron el rostro, sino las piernas, que se le mostraron enloquecedoras cuando una ráfaga de viento hizo oscilar la falda.

Por primera vez Josiah se sintió acobardado ante una mujer. Por primera vez no supo qué decir. El dueño del hotel susurró:

—Vamos, anímese, *monsieur*...

—Sí, te esperaba —susurró Josiah— Quería... despedirme.

—¿Y quién habla de despedirnos? Te he sacado pasaje a ti también. ¿No quieres visitar otra vez el Golfo Pérsico? ¿No has pensado nunca en lo bonita que sería una luna de miel bajo el cielo del Asia Menor?

Josiah musitó:

—Pareces la propagandista de una agencia de turismo.

Y el dueño del hotel:

—Lo que parece es... es... ¡Bueno, *monsieur*, decídase o me decido yo!

Josiah Lambert estrechó con fuerza la mano de Alma, que se la había tendido con una sonrisa.

—¿Vamos, Alma?

—Vamos, Josiah.

Se alejaron los dos hacia la pasarela. El dueño del hotel gritó:

—¡Eh, *monsieur*! ¡Diantre! ¿No tiene otra chica parecida para mí, *monsieur*?

Alma se volvió sonriendo.

—Primero pídale permiso a la *monsieur* de su señora —dijo.

Y siguió caminando.

FIN



ASESINATO EN LA FRONTERA

por Bruno Shalter

—Siéntese. —La luz, barriendo de lado la cara de Blomberg, ponía una sombrita en cada uno de sus hoyos de viruela—. Me han contado lo que le pasó en «Monky's».

—No, fue nada.

—No, pero Hugues ha muerto asesinado.

—Usted sabrá por qué.

—¿Yo?

—¿Ah, no? Hugues se hallaba en un estado de ánimo tal que hubiera soltado cualquier clase de discurso si sabía que con un discurso podía enviarles a ustedes al infierno.

—Bueno, el caso es que no lo soltó. Nadie le ha pedido a usted que siente hipótesis.

—¿Es eso lo que quería decirme?

—No. Quería decirle que, de ahora en adelante, no vuelva a poner los pies en «Monky's». Es una medida de prudencia elemental. Cuando haga su próximo viaje, vuya al «Greenspot». Tony O'Mara estará allí.

—¿Cuándo será ese próximo viaje?

—Lo sabrá en su día... Eh, oiga, ¿qué tiene en la mejilla? ¿Un golpe?

Un enigma inquietante desarrollado a través de las páginas de una originalísima novela...

ASESINATO EN LA FRONTERA

un relato que le esombrará... ¡y que usted leerá más de una vez!

¡Adquiéralo en el próximo número!

4.000 años de piratería



Fascinantes historias de los piratas! Morgan, "el terrible"; Avery, "el afortunado"...

Bandera negra, libertad y sangrientos abordajes.

Pero detrás de la leyenda, con su perfume de brisas tropicales, hubo algo más: unas causas políticas, unos códigos, unas consecuencias históricas.

En estas páginas, junto a las aventuras apasionantes, encontrará usted todo lo que de la piratería generalmente se silencia.

MARABU ZAS

PEQUEÑOS LIBROS
DE GRAN CONTENIDO





eso tiene
VETERANO
un
VETERANO
sabor

VETERANO es de OSBORNE



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (ESPAÑA)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España • Printed in Spain

{1} Difícil salto de las bailarinas de *can-can* mediante el que quedan en el suelo con las piernas completamente abiertas en compás.